

Sergio Andrés Moreno Santiago

Editor

# HUELLAS EN LA MEMORIA NARRATIVAS DEL CONFLICTO ARMADO

Antología Literaria del Parlamento Andino  
de la Universidad del Magdalena



  
**Editorial**  
• UNIMAGDALENA •

  
PARLAMENTO  
ANDINO

**HUELLAS EN LA MEMORIA:  
NARRATIVAS DEL  
CONFLICTO ARMADO**  
Antología literaria del  
Parlamento Andino de la  
Universidad del Magdalena

**Sergio Andrés Moreno Santiago**  
Editor



*Catalogación en la publicación – Biblioteca Germán Bula Meyer*

Huellas en la memoria : narrativas del conflicto armado / Sergio Andrés Moreno Santiago, editor --  
Primera edición -- Santa Marta: Editorial Unimagdalena, 2025  
1 recurso en línea: archivo de texto: PDF.

ISBN 978-958-746-845-8 (impreso) -- 978-958-746-846-5 (pdf) -- 978-958-746-847-2 (epub)

Conflicto armado en Colombia – Historia 2. Conflicto armado -- Violencia 3. Proceso de Paz en Colombia

CDD: 303.6

Primera edición, marzo de 2025

2025 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena  
Calle 29H3 n.º 22-01  
Edificio de Innovación y Emprendimiento  
(57 - 605) 4381000 Ext. 1888  
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia  
editorial@unimagdalena.edu.co  
<https://editorial.unimagdalena.edu.co/>

Parlamento Andino  
AK 14 (Avenida Caracas) n.º 70A - 61  
(57 - 601) 326 6000  
info@parlamentoandino.org  
<https://www.parlamentoandino.org/>  
Bogotá, Colombia

Rector: Pablo Vera Salazar  
Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro

Deiber Alexander Romo Sánchez, presidente del Parlamento Andino Universitario Unimagdalena, durante el periodo 2022 a 2025

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora  
Diagramación: Jeynner Kevin Páez Vélez  
Diseño de portada: Vanessa Mogollón  
Ilustraciones: Vanessa Mogollón y Carlos Patiño Hernández  
Corrección de estilo: Ricardo Adrián Tete Mieles

Santa Marta, Colombia, 2025

ISBN: 978-958-746-845-8 (impreso)  
ISBN: 978-958-746-846-5 (pdf)  
ISBN: 978-958-746-847-2 (epub)

DOI: <https://doi.org/10.21676/9789587468458.9789587468465>

Hecho en Colombia - Made in Colombia

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa así como su distribución, reproducción digital y puesta a disposición de la totalidad o parte del presente libro de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. No se autoriza la realización de versiones derivadas ni traducciones o adaptaciones. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no comprometen al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni generan responsabilidad frente a terceros.

## Contenido

<b>Prólogo .....</b>	<b>6</b>
<b>Presentación .....</b>	<b>8</b>
<b>Agradecimientos .....</b>	<b>10</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>13</b>
<b>Jaime, un río de esperanza .....</b>	<b>15</b>
<i>Leydis Carolina de Armas Martínez</i>	
<i>Adriana Milena Campo Fernández</i>	
<i>Luis Miguel Toscano Sánchez</i>	
<i>Dayana Beatriz Ahumada Payares</i>	
<i>Deiber Alexander Romo Sánchez</i>	
<b>Tiempos de cambio .....</b>	<b>28</b>
<i>Mathiel Lucía Gutiérrez Arévalo</i>	
<i>Robert Jaimés Barreras</i>	
<i>Jaklin Durán Rodríguez</i>	
<b>Renacer en la Gran Ciudad .....</b>	<b>35</b>
<i>Sharoll Johanna Sánchez Ardila</i>	
<i>Juana Cristina Martínez Roldán</i>	
<i>Nohelia Urueta Consuegra</i>	
<i>Rosibel Yiseth González Jiménez</i>	
<i>Luis Miguel Hernández Tapia</i>	
<b>Alexa .....</b>	<b>50</b>
<i>Daniela Karina Ponzón Urieles</i>	
<i>Luisa Fernanda Cadena Fonnegra</i>	
<i>Angela María Páez Osorio</i>	
<i>Zharic Hernández Montaña</i>	

<b>Desafiando la adversidad .....</b>	<b>60</b>
<i>Nellys Racines Hincapié</i>	
<i>Fabiana Wedefor</i>	
<i>Daniel Piña Zambrano</i>	
<b>Invitación pedagógica de cierre .....</b>	<b>69</b>
<b>Sobre los autores y colaboradores.....</b>	<b>74</b>

## Prólogo

Es para mí un honor prologar *Huellas en la memoria: narrativas del conflicto armado*, una antología literaria que recoge las voces de las y los parlamentarios andinos de nuestra universidad, la Universidad del Magdalena. Esta obra se erige en un testimonio vibrante de la resiliencia, el coraje y el compromiso de nuestra comunidad estudiantil frente a la adversidad histórica de nuestro país.

A través de sus páginas, los autores, estudiantes líderes de nuestra *alma mater*, tejen con palabras el dolor, la esperanza y los sueños de un pueblo que ha sido marcado por el conflicto armado, pero que se niega a ser definido por él. Cada relato, construido sobre la base de historias reales y recopilado con un profundo respeto por la memoria colectiva, ofrece una visión única de las luchas y aspiraciones de aquellos que han enfrentado la violencia, transformando su dolor en un llamado poderoso hacia la paz y la justicia.

El liderazgo y la dedicación de Deiber Alexander Romo Sánchez, presidente y representante estudiantil, merecen un reconocimiento especial. Su compromiso inquebrantable con la defensa de la democracia y la promoción de la paz ha sido fundamental en la concepción y realización de esta obra literaria. Deiber, al igual que sus compañeros, personifica el espíritu de lucha y la firme voluntad de nuestra comunidad universitaria para contribuir al fortalecimiento de la democracia y a la construcción de una sociedad más justa e incluyente.

Esta antología no es solo una recopilación de textos; es un espejo que refleja las múltiples facetas de la experiencia humana frente al conflicto. Es, sobre todo, un testimonio del papel transformador de la educación y de cómo, a través de la palabra escrita, podemos luchar contra el olvido, honrar a las víctimas y abrazar la esperanza de un futuro en paz.

Invito a cada lector a sumergirse en estas páginas, a sentir y reflexionar sobre las historias que aquí se narran. *Huellas en la memoria: narrativas del conflicto armado* es un claro ejemplo del compromiso de la Universidad del Magdalena con la inclusión, la innovación y, especialmente, con la construcción de memorias colectivas que nos permitan avanzar hacia un mañana en el que prevalezcan la paz y la reconciliación.

Como rector de la Universidad del Magdalena, no puedo más que expresar mi profundo orgullo y admiración por el trabajo realizado por Deiber y su equipo. Este libro es una muestra palpable de la labor crucial que las universidades y sus estudiantes pueden y deben tener en la construcción de una sociedad mejor.

Con profundo respeto y admiración por nuestros estudiantes y por todos aquellos que, con su pluma y su voz, contribuyen a la construcción de un país mejor, celebro la publicación de esta obra.

Felicitaciones a todos los involucrados en este proyecto por su valiosa contribución a la paz y la democracia en Colombia. Su labor nos inspira y nos recuerda que, juntos, podemos superar las sombras del pasado para alumbrar un futuro lleno de esperanza.

**Pablo Vera Salazar, Ph. D.**  
Rector de la Universidad del Magdalena

## Presentación

La firma del *Acuerdo Final para la Construcción de una Paz Estable y Duradera* en Colombia representó para este país hermano una oportunidad relevante para transitar hacia la paz. Colombia dejó de ser el país de la guerra para convertirse en «el país de la belleza», un paso que indudablemente le ha permitido fortalecer sus relaciones diplomáticas con los demás países de la región y que ha posibilitado su presencia con mayor liderazgo en el escenario internacional. La región Andina es el territorio que mayor biodiversidad posee en el mundo. Aquí se encuentran importantes sitios naturales como la cordillera de los Andes, la selva amazónica, Tiahuanaco, Caral, Machu Picchu, el lago Titicaca, las islas de Pascua y Galápagos... En definitiva, somos la región de la belleza.

Por lo anterior, para el Parlamento Andino es loable observar cómo los nuevos liderazgos se apropian con convicción de una nueva cultura de paz, porque también somos una región de paz. En consecuencia, valoramos muy positivamente el trabajo que han realizado los parlamentarios y parlamentarias andinas de la Universidad del Magdalena (Santa Marta, Colombia) por su dedicación a esta obra.

*Huellas en la memoria: narrativas del conflicto armado* es un libro inspirador que recoge cinco relatos basados en hechos reales sobre distintos actores del conflicto armado interno que vivió Colombia. Precisamente, esta es la virtud

académica de este trabajo, pues no solo recoge las vivencias de una parte del conflicto, sino que comparte las perspectivas de los distintos actores implicados. Esta antología literaria busca convertirse en una herramienta pedagógica de consulta para que a través de historias se puedan comprender los efectos adversos de la guerra, pero, especialmente, para invitarnos a reflexionar sobre la paz.

Esperamos que la historia de Jaime, de Patricia, de Alexa y de los demás protagonistas de estos relatos sean un homenaje respetuoso a las víctimas del conflicto y los militares que dieron su vida para proteger a la población. También, para que a través de estos relatos se pueda enviar un mensaje para la reconciliación y el perdón, un llamado a reconstruir el tejido social y brindar nuevas oportunidades para aquellos excombatientes que están en proceso de reincorporación.

Finalmente, recordemos lo que dijo Gandhi: «No hay caminos para la paz, la paz es el camino».

**Dr. Gustavo Pacheco Villar**  
Presidente del Parlamento Andino

## Agradecimientos

En el año 2014, el Parlamento Andino inició un proceso de fortalecimiento del organismo en busca de diseñar una hoja de ruta que con pertinencia respondiera a los objetivos misionales de la institución y, a su vez, diera respuesta a las necesidades latentes de la ciudadanía andina.

Una de las principales iniciativas fue la creación del programa «Parlamentos Andinos Juveniles y Universitarios», desde el cual se ha buscado contribuir en la formación de jóvenes líderes y lideresas para que, a través de principios éticos y democráticos, puedan con capacidad crítica y propositiva plantear soluciones a los problemas sociales, económicos, ambientales y políticos de la región. El primer modelo universitario fue conformado en la Universidad del Magdalena, y a la fecha, se han creado cuatro sucesivas versiones que han permitido la participación de aproximadamente 200 estudiantes de esta casa de estudios.

Por ello, queremos exaltar el trabajo armonioso y exitoso que durante los últimos 10 años hemos realizado con la Universidad del Magdalena, y reconocer el compromiso de estudiantes, docentes y directivos, especialmente, del rector Dr. Pablo Vera Salazar, quien con liderazgo, voluntad política y alta capacidad académica ha apoyado las iniciativas de nuestro Organismo y ha contribuido apoyando las propuestas de los jóvenes que integran el modelo en este centro educativo, entre ellas, esta antología literaria,

denominada *Huellas en la memoria: narrativas del conflicto armado*.

También, agradecemos al Dr. Leyner Palacios, abogado y activista de derechos humanos afrocolombiano, cofundador del Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá, nominado al Premio Nobel de la Paz en 2016, por contribuir e inspirar uno de los relatos. Asimismo, reconocemos el apoyo bibliográfico de la Comisión de la Verdad, de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Asimismo, destacamos el compromiso asumido por la Mesa Directiva de este Parlamento Andino Universitario: Deiber Romo (presidente), Fabiana Wedefor, Nohelia Urrueta Jesús Porras, Gerardo Codina (vicepresidentas y vicepresidentes); y el liderazgo literario de Sergio Moreno, parlamentario de la Comisión Quinta de Derechos Humanos, Desarrollo Social y Participación Ciudadana. En el mismo sentido, agradecemos a las colaboradoras de la Oficina Central del Parlamento Andino: María Alejandra Rojas Aguilar, coordinadora de los Parlamentos Andinos Juveniles y Universitarios, expresidenta y exparlamentaria andina de la Unimagdalena, por asesorar y hacer seguimiento a este proyecto; y a Vanessa Mogollón, ingeniera multimedia del Organismo, quien ejerció como ilustradora principal de esta obra.

También, a todas las parlamentarias y parlamentarios andinos de la Universidad del Magdalena, ¡felicitaciones! Sean siempre un referente y un ejemplo para los demás, sigan concretando sus sueños, haciendo de este proceso de liderazgo que se gestó en su espacio universitario una

razón para actuar con coherencia, ética y capacidad propositiva, para que puedan asumir los desafíos que necesita su ciudad, país y la región.

El liderazgo juvenil no solo es la voz crítica del pueblo representada por los jóvenes: es el análisis reflexivo, vehemente, pero respetuoso, que desde una visión integracionista y responsable con su participación política debe ir acompañado por una propuesta viable, posible y que beneficie a la ciudadanía. Ya lo dijo Juan Montalvo, político, escritor y periodista ecuatoriano: «Desgraciado el pueblo donde la juventud no haga temblar al tirano».

**Dr. Eduardo Chilingua Mazón**  
Secretario general del Parlamento Andino.

## Introducción

*Huellas en la memoria: narrativas del conflicto armado* es una reconstrucción de las memorias colectivas frente al conflicto armado colombiano, para socializar los actores, situaciones y violencias vividas durante estos años de guerra.

Este libro es una iniciativa de las y los parlamentarios andinos universitarios de la Universidad del Magdalena, en Santa Marta, Colombia. En estas páginas encontrará una recopilación de relatos recuperados del Centro de Memoria Histórica y otras organizaciones, que en los últimos años han centrado sus esfuerzos en acompañar a las víctimas en su reconocimiento y proceso de reparación. Por lo tanto, cada capítulo cuenta una historia basada en hechos reales, la cual fue editada para proteger la integridad de los afectados.

Esta iniciativa de los parlamentarios hace parte de un proyecto a largo plazo, enfocado en la construcción de herramientas propias para la socialización y reflexión de estas temáticas en aulas escolares de básica secundaria, espacios barriales o populares, por lo que este libro es una herramienta sin ánimo de lucro para la difusión y facilitación de la información. La escritura en clave literaria se esfuerza en expresar los hechos de manera creativa y comprensible, apta para el público en general.

Estos capítulos responden a la socialización de actores o situaciones específicas, recurrentes en las memorias colectivas de los territorios y sus distintas comunidades, por

lo que se podrá encontrar información relevante para el proceso de diálogo y aprendizaje: las referencias al relato original, un glosario de términos aplicados al contexto y las asociaciones o entidades donde pueden encontrar más información sobre el tema. De esta forma, intentemos construir rutas claras para el acceso a información objetiva y de sentido humanitario.

**Zharic Michel Hernández Montaña**  
Estudiante del Programa de Antropología de la  
Universidad del Magdalena

## Jaime, un río de esperanza

**Leydis Carolina de Armas Martínez, Adriana Milena  
Campo Fernández, Luis Miguel Toscano Sánchez,  
Dayana Beatriz Ahumada Payares y Deiber Alexander  
Romo Sánchez**

Lo que se pintaba como un día más en la rutina de un pueblo de aquellos olvidados por el Estado, no lo era para nada, pues no comenzaba el día con los cantos vespertinos de los gallos, sino con un silencio inquietante, de esos que no inspiran mucha confianza, traducido en la voz de los mayores:

—Algo muy grave va a suceder en este pueblo...

La muerte recorría las calles, cubriéndolas con un manto de tinieblas, dejando tras de sí un silencio sepulcral. Mientras las sombras se movían sigilosamente, el aire se cargaba de tensión y había una sensación de tragedia en cada esquina. Ese abrumador y terrorífico silencio solo presagiaba los estruendos de fusiles, acompañados de los gritos incesantes de los desgraciados que huían de los hijos de Abadón<sup>1</sup>, los destructores, que luchaban entre sí por el control del abismo en que convirtieron ese pueblo olvidado de la mano de Dios.

... Y los justos pagarán por los pecadores.

---

1. Abaddón es el nombre de un ser angelical o un lugar asociado con la destrucción (Apocalipsis 9:11). A menudo se ve como una personificación de la muerte.

La violencia ya se había apoderado de las pequeñas calles, el miedo se había vuelto insoportable. Para muchos, la única opción era huir y buscar un refugio que les diera un poco de tranquilidad.

Desgarrados por la guerra y cargando el peso de la tragedia en sus corazones, cada uno tenía sus propias historias de pérdida y sufrimiento, pero todos compartían el anhelo de un lugar donde pudieran encontrar un respiro, un consuelo, un sentido de comunidad, aunque eso no fuese a remplazar sus hogares.

Allí, en medio de la plaza central, se levanta un santuario de formas densas, envuelto en el sonido de la serenidad, el lugar donde más se busca ayuda, la soledad no existe y las plegarias tienen su lugar. La pesada puerta de madera crujió. Al entrar, un suspiro colectivo de alivio se escapó de sus labios. Allí, en la penumbra, se encontraron con una multitud de personas que reflejaban en sus ojos aquella situación traumática. No había necesidad de palabras para comprender el dolor que se ocultaba detrás de cada mirada y el deseo de paz en sus corazones.

Aunque el mundo exterior seguía en caos y la guerra continuaba su furia, la iglesia se convirtió en aquel pequeño refugio que le ofrecería una pausa a tanto sufrimiento. En ese paraje sagrado, las diferencias se disipaban y solo quedaba esperar que todo terminara.

Allí, se encontraba Jaime, atrapado en una pesadilla de violencia y destrucción. Las calles estaban envueltas en humo y el sonido ensordecedor de los disparos llenaba el aire. Pero en medio de ese infierno, Jaime sostenía en brazos a su pequeña hija, la luz que aún brillaba en su vida. Sobre ellos se alzaron los escombros y la tierra con el

retumbar de múltiples bombas, llevándose consigo historias y deseos por delante.

La bomba había caído en la iglesia, sumergiendo el lugar en un frenesí infernal. En ese momento, Jaime vivió momentos de total ensordecimiento donde veía su vida pasar delante de sus ojos.

Con el corazón latiendo desbocado y las lágrimas amenazando con inundar sus ojos, sabía que el tiempo se agotaba, que la vida de su hija estaba en peligro inminente. Sin pensarlo dos veces, saltó hacia adelante, adentrándose en el fuego y el humo, sosteniendo fuertemente a la pequeña niña en sus brazos para intentar salvarla, mientras el aire se llenaba con ráfagas de metralla y fuego que les estaban arrebatando todo.

La guerrilla ya se encontraba del otro lado de la plaza, pero las ráfagas mortales aún seguían, justo donde él y los demás civiles se encontraban. Eran testigos de un infierno entre dos frentes, en medio de un fuego cruzado.

En ese escenario maquiavélico, se desató un llanto abrumador. Una mujer, aferrada al cuerpo sin vida de su pequeño hijo, clamando en medio de sollozos desesperados:

—¡Mataron a mi hijo!, ¡mataron a mi hijo!

Aquellas palabras resonaron en lo más profundo de Jaime y se quedaron grabadas en su alma. Fue realmente desgarrador. Aun así, debió convencerla de dejar el cuerpo del pequeño, pero una madre raras veces abandona a sus hijos, incluso si están muertos.

Jaime y su pequeña se encontraron solos en ese escenario desolador, y aunque habían escapado de la muerte inminente, su travesía no había terminado.

Los escombros estaban por todas partes, al igual que los recuerdos dolorosos que aún persisten en su mente.



Después de los días oscuros que dejaron un rastro de destrucción y sufrimiento, todo parecía haberse calmado. Ahora el silencio venía acompañado por el canto de las aves, pero el dolor aún estaba en el aire, solo quedaban los pedazos para recoger. Jaime, entonces, tomó una decisión que cambió el rumbo de su futuro.

Desde niño observó a su padre y a los demás adultos de su comunidad usar las palabras y los argumentos para solucionar diferencias, fueran grandes o pequeñas. Recordó aquella época donde actuó como agente de paz. Cuando las FARC comenzaron a reclutar jóvenes, los líderes de la iglesia pidieron a los guerrilleros que escucharan una solicitud pública de no involucrar civiles en el conflicto. Él había sido elegido para dirigirse a ellos, y luego de dar su discurso, un ensordecedor aplauso rompió el silencio. En lugar de dispararle, respondieron con un gesto inesperado: reconocimiento y admiración. Con el recuerdo fresco de aquel momento en el que su voz conmovió a los guerrilleros, se enfrentaba a un nuevo desafío como líder y defensor de la paz. La invitación a las mesas de diálogo en La Habana era un reconocimiento a su arduo trabajo y sabía que esta oportunidad era invaluable para llevar la voz de su comunidad al mundo. Tenía experiencia y se había preparado mucho, confiaba en el don de sus palabras; debía hablar acerca de los enormes y duraderos impactos del conflicto en su comunidad. El mundo entero estaría escuchando. Pero ¿cómo colocar en un corto discurso décadas de sufrimiento de miles de compatriotas?

Con el corazón apretado y una mirada cargada de determinación, se paró frente a la multitud expectante. Cada palabra que saldría de sus labios estaba impregnada con el

poder de un mensaje profundo y significativo. No buscaba redención ni pretendía borrar el pasado, pero anhelaba que sus palabras resonaran lo suficiente en los corazones de quienes lo escuchaban.

Desplegó su relato con una mezcla de sinceridad y arrepentimiento. Detalló cada uno de los errores cometidos, cada herida infligida y cada vida truncada. No escatimó en describir el dolor y la angustia que había dejado a su paso. No se permitió excusas ni justificaciones, era momento de enfrentar la verdad de frente y abrir las compuertas de la empatía.

Después de su intervención, ocho representantes de la guerrilla se le acercaron con una propuesta sorprendente: querían pedir perdón a la gente de Bojayá. Sin embargo, llevar ese mensaje a un pueblo tan devastado era un desafío abrumador. ¿Cómo iban a hablarles de perdón a las 32 comunidades indígenas y 19 consejos comunitarios que habían sufrido la violencia? Además, tenían que enfrentar al conflicto armado y superar las dificultades para llegar a toda la región, debido a las distancias geográficas.

Jaime empezó a trabajar junto a los líderes de Bojayá para discutir la propuesta y evaluar si las comunidades estaban dispuestas a reunirse con los guerrilleros. Algunos decían que era demasiado complicado e incluso descabellado. Otros comentaban que sí querían escucharlos, pero bajo ciertas condiciones. Recopilar las opiniones de las víctimas fue un desafío en sí mismo. Cada jornada revivía el dolor que habían experimentado. Las condiciones que planteaban las comunidades eran claras: solo escucharían a los guerrilleros si no se trataba de un espectáculo mediático para obtener beneficios políticos.

A los habitantes de Bojayá les preocupaba que el perdón se convirtiera en un acto político, ¿y quiénes eran ellos para culparlos? Además, ¿cómo podrían pedir perdón si seguían siendo revictimizados? Mientras ellos hablaban de perdón en La Habana, la gente protestaba por la presencia de minas antipersona en sus territorios, por las vacunas<sup>2</sup> y las restricciones a la movilidad en la región. Los comerciantes, los agricultores de plátano, los conductores de lanchas. Todos seguían siendo afectados.

La gente decía que cómo podrían pedir perdón en ese contexto. Si querían hablar, debían poner fin a todas sus acciones en Bojayá. Jaime se comprometió con la comunidad y, solo un mes después de llevar el mensaje de las FARC a las comunidades, la mayoría estuvo dispuesta a escuchar a los guerrilleros bajo las condiciones que ya se habían planteado. Jaime volvió a Cuba con sentimientos encontrados: su gente quería hablar de perdón, aunque internamente se preguntaba si era necesario este perdón para continuar sanando.

¡Pero fue una total sorpresa! Las FARC no solo aceptaron las condiciones existentes, sino que estaban dispuestas a discutir cualquier otra que surgiera durante el proceso de indulgencia. Jaime se sorprendió una vez más. ¿Qué había sucedido? La gente había establecido sus condiciones para el acto de perdón, creían que las FARC se negarían, pero no fue así.

---

2. **vacuna:** término coloquial para la microextorsión, dinero de baja cuantía que las organizaciones delictivas piden periódicamente a los comerciantes y residentes del lugar donde ejercen el control.

Se comenzaron a ver cambios significativos. Ya no existían vacunas, no se sembraban minas antipersona ni se reclutaban niños. Las FARC cumplieron con las condiciones establecidas.

Con las condiciones cumplidas, ya no había excusa para no aceptar el acto de perdón. Las FARC pidieron perdón y expresaron su deseo de reunirse con la comunidad. Pero a medida que avanzaban las reuniones en Cuba, la comunidad fue notando que no solo se trataba de pedir perdón, sino un reconocimiento de responsabilidad. Los testimonios de la gente lo demostraban. «¿Pero perdón? Miren lo que nos hicieron», decían. No podían pedir perdón si no existía una actitud de reconocimiento de las acciones violentas.

Antes de partir hacia La Habana, Jaime no creía en el poder del perdón. Sin embargo, su perspectiva cambió por completo al mirar a aquella mujer a la cual, en algún momento, ayudó en la que pudo ser, quizá, la situación más difícil de su vida: aquella mujer que velaba por el cuerpo de su hijo sin vida, aquella que vociferó las palabras que más marcaron su vida: «¡Mataron a mi hijo!, ¡mataron a mi hijo!». Pensó: «Si ella, que sufrió tanto y vio a su hijo fallecer en sus brazos, encontró el perdón, ¿por qué yo no?». Le preguntó: «¿Por qué crees en ellos?, ¿por qué los perdonas?». Ella respondió con una reflexión que tocaría las fibras de Jaime: «El pasado es pasado, no lo podemos cambiar, no nos podemos aferrar a él, solo aprender, liberarnos de la carga de resentimientos y heridas, eso nos abre el camino hacia la sanación y la paz interior. Ahora podemos cambiar el futuro y dar la paz que nosotros no obtuvimos». En ese momento, Jaime encontró una chispa de esperanza que le recordó por quién empezó todo esto: su amada hija.

Esta era una posibilidad real de cambio. Sí, era una víctima, pero ¿por qué no abrirse a la reconciliación?

Se repetía a sí mismo: «Hombre, mi dolor es inmenso, pero el sufrimiento de aquellos que me rodean también es profundo». Descubrió que esa oportunidad de ayudar a construir la paz le estaba sanando a sí mismo. Entendió que escuchar al victimario no era un favor que hacían, sino una necesidad imperante. Debían desprenderse de esa idea arraigada en la sociedad colombiana, pues vivir con rabia y cerrados al diálogo solo los mantenía atrapados en un ciclo interminable de resentimiento.

Tras casi dos décadas del suceso que marcó un antes y un después en la vida de Jaime, este había hecho de todo para defender la dignidad y la vida de las comunidades. Su esfuerzo se vio reconocido por la comunidad internacional. Era bueno saber que por fuera del país muchos expresaban admiración y respeto por dicha lucha. Por lo pronto, sentía que habían logrado que el mundo escuchara.

Era un tributo a su resiliencia y a la voluntad de construir un mundo mejor. En medio de tanta oscuridad también había rayos de luz y momentos que le llenaban de orgullo, momentos que le habían hecho crecer como persona.

Había dedicado la mitad de su vida a trabajar con las víctimas del conflicto armado, comprometido con los derechos de los campesinos, las comunidades afro y de todos los colombianos en general. Su compromiso surgía de su propia experiencia, pues él conocía de primera mano lo que significa que pasen por encima de ti.

Su esfuerzo fue reconocido. Fue nombrado comisionado de la verdad y se prometió trabajar siempre a favor del esclarecimiento de la verdad, en la ardua tarea de la construcción

de la paz y el gran desafío de andar por el sendero de la reconciliación. Seguro que no será nada fácil y que por el camino encontrará personas que no le quieran, que probablemente intentarán hacerle daño; pero no se doblegaría ante los déspotas ni renunciaría a sus principios de estar siempre del lado de la justicia, pues se lo debía a sí mismo, a sus familiares y amigos que ya no estaban con él, pero, sobre todo, a su hija, por la que inició toda esta travesía.

En su discurso, exclamó: «Ahora, como nuevo comisionado de la verdad, quiero llegar a territorios aún más profundos, en un trabajo conjunto con los demás compañeros de lucha. Deseo que los colombianos conozcan la historia interna de nuestro país para que se quiten la venda y ya no acepten más violencia disfrazada, sino que, por el contrario, trabajemos juntos por alcanzar la paz. Que no se quede en procesos, en papel o en ceremonias; el objetivo es que trascienda y nos apropiemos de ella, defendiendo nuestros derechos y nuestra verdad».

Sin embargo, como era de esperarse, su labor no fue del agrado de todos. Él y su familia fueron víctimas de amenazas, tuvieron que desplazarse y huir de los violentos. Consideraban al líder social un peligro para ellos, y por eso decidieron que él y la labor que estaba realizando debían desaparecer del territorio cuanto antes.

Después de ser nombrado comisionado, solo empeoró la situación. Había recibido tantas amenazas durante su labor que se podría pensar que ya debía estar acostumbrado, pero alguien como él nunca podría acostumbrarse a lo injusto, a vivir con angustia. Esta vez la amenaza lo alarmo aún más, pues le llegó a su hija un mensaje de texto, en donde le informaban que le daban 12 horas para marcharse de su

región, de lo contrario los asesinarían a ambos. Ni siquiera conocía el grupo armado responsable, podía ser cualquiera; de lo que sí estaba seguro era de lo aterrado que se encontraba en ese momento. Llegó a su mente aquel fatídico día en el que casi pierde a su hija, en el que casi pierde todo lo que le importaba. Jaime no es de esos que se acobardan, pero entendía que esta vez era diferente: se habían metido con su ángel.

No se podía sacar ese mensaje de texto de su cabeza: «Piérdete, o tú y tu padre serán el homenaje». Es un poco irónico que alguien que lucha y ha trabajado arduamente por la paz tenga que salir corriendo para poder conseguir un poco de ella. Iba a esconderse para que no asesinaran a su hija, pues no quería que ella acabara en un ataúd injustamente por otro botín de impunidad.

Parecía que esta vez la muerte se había prendado fuertemente de él y seguía de cerca sus pasos, como en venganza por haberse escapado de ella ese día en la iglesia. Pero un día al parecer se cansó de esperar y fue a su encuentro.

Jaime estaba con el guardaespaldas que le habían asignado. El sol se había escondido tras nubes grises que tapaban el cielo por completo, un ambiente lúgubre se asomaba. En cuestión de segundos, las balas comenzaron a llover sobre ellos en ráfagas sin pausa alguna. Todo parecía perdido, a su mente vinieron los horribles recuerdos del día donde perdió todo, sus oídos zumbaban con el sonido estridente de los disparos. Todo pasó lento, y por un instante el mundo se detuvo, solo recuerdos de sangre y llantos. Por cuestión de un milagro, Jaime logró sobrevivir a ese fatídico día, aunque los demás a su alrededor no contaron con la misma suerte, como si todo se estuviese repitiendo.

Pero ese no sería el plan que el destino le depararía Jaime. La que más sabía esto era su hija, que con determinación en sus ojos le dijo a su padre: «Te entiendo y sé que quieres protegerme, pero no podemos quedarnos aquí sin hacer nada. No puedes ignorar todo lo que hemos vivido y simplemente escondernos. Si no hacemos algo ahora, ¿qué sentido tiene todo lo que has luchado en el pasado? Quiero ayudar, quiero ser valiente como tú y marcar la diferencia, así que lucha por nosotros». Jaime, entre lágrimas, le prometió defender todo por lo que una vez luchó.

Entendió que el camino hacia la verdad y la reconciliación sería largo y sinuoso, pero está dispuesto a enfrenar cada obstáculo con valentía y determinación. Pues solo a través del conocimiento y el reconocimiento de nuestra historia podremos forjar un futuro mejor, donde la paz sea una realidad palpable y duradera para todos los colombianos.

Gracias a la perseverancia de Jaime, Bojayá se ha convertido en un símbolo de resiliencia y esperanza, donde las cicatrices del pasado se están transformando en semillas de un futuro mejor. Él continúa trabajando incansablemente en la defensa de los derechos humanos, inspirando a nuevas generaciones a levantar la voz y luchar por la igualdad. Su labor ha trascendido las fronteras de su comunidad, llegando a oídos de líderes y organizaciones internacionales que reconocen la valentía y dedicación de Jaime.

Su vida no ha sido fácil, pero su determinación y coraje han demostrado que es posible sobreponerse a las tragedias y convertirlas en combustible para el cambio. Su historia es un testimonio vivo de que la paz y la reconciliación son posibles, incluso en los momentos más oscuros.

Hoy, Jaime es un símbolo de esperanza para todos aquellos que luchan por un mundo más justo y equitativo. Su nombre es mencionado en discursos, su historia es compartida en libros y su espíritu inspirador vive en cada corazón que busca un futuro mejor.

En cada rincón de Colombia, su figura sigue iluminando el camino hacia un país donde la violencia y la injusticia sean solo un recuerdo doloroso. Su legado perdurará en la memoria colectiva y será el motor que impulse a las generaciones venideras a construir un mundo en el que prevalezcan la paz, la justicia y el amor por encima de cualquier conflicto.

Y así, con cada paso que da, sigue escribiendo su historia, dejando una huella imborrable en la lucha por un mundo más humano y solidario. Su vida es un testimonio claro de que cada individuo tiene el poder de marcar la diferencia y transformar la realidad que nos rodea.

# Tiempos de cambio

**Mathiel Lucía Gutiérrez Arévalo, Robert Jaimes Barreras y Jaklin Durán Rodríguez**

**Colaborador: Augusto Manuel Pérez Hernández**

*Ser víctima del conflicto armado e integrante de la comunidad LGTBIQ+ representó, durante y después de la guerra, una cruz a costas camino al calvario.*

Este es un relato de lo que padecieron algunas víctimas del conflicto armado pertenecientes a la comunidad LGTBIQ+, construido a partir de entrevistas a víctimas de violencia física y verbal debido a su orientación sexual e identidad de género en diferentes ámbitos (académico, laboral y social) durante y después del conflicto armado, por parte de integrantes de los grupos al margen de la ley, funcionarios(as) públicos, compañeros(as), profesores(as), colegas de trabajo y ciudadanos(as). Lo anterior generó barreras para que accedieran a servicios de salud y educación, así como a oportunidades empleo; asimismo, tuvo un impacto negativo en su salud física y emocional.

Esta historia es una invitación a pensar, reflexionar y empatizar, ya que, visibilizando y denunciando la violencia basada en la orientación sexual e identidad de género, se puede construir un país donde todos los ciudadanos puedan vivir libres del miedo y la discriminación.

\*\*\*

Un sonido ensordecedor interrumpió el sueño de la familia Chamorro Rodríguez.

—¿Qué sucede? —preguntó un poco confundida Patricia.

—¡Resguárdate debajo de la mesa! —le ordena su madre. Solo escuchaban el estruendo de las balas sobre sus cabezas.

Habiendo cesado la ráfaga de disparos, Patricia, su madre y sus hermanos caminan entre la neblina espesa de humo y polvo hasta la sala de su casa.

—¡No, no puede ser!, ¡le dispararon a su padre! ¡Llamen a una ambulancia!

Patricia se apresura a llamar una ambulancia; sin embargo, su padre llega sin signos vitales al hospital municipal.

—¡Papá, papá, despierta, por favor! —imploran los hermanos de Patricia sobre el cuerpo de su padre.

Días después, Patricia comprendió que la guerra le había arrebatado a su padre y que ella debía asumir su rol por el bienestar de su familia.

—No estamos seguros acá, papá ya no está para protegernos— dijo Patricia, sintiendo un vacío profundo en su corazón—. Quedarnos en el municipio sería vivir en incertidumbre y exponerlos a ser víctimas del reclutamiento forzado o el asesinato. Desde hace un tiempo, he venido ahorrando un dinero. Con lo que tengo nos podemos ir a Bogotá.

Con las maletas llenas de esperanza e ilusiones, la familia Chamorro Rodríguez se embarca en un bus con destino a la ciudad capital.

—¡Hemos llegado, familia!

—Hermana, pero esta casa no se parece en nada a la nuestra, es muy pequeña y se encuentra deteriorada.

—No te preocupes, esta situación va a ser transitoria. Voy a encontrar un trabajo estable y una escuela para ambos.

Patricia, una joven vallecaucana, transexual y víctima de la violencia armada, emprende el desafío de encontrar trabajo en una nueva ciudad.

—Buen día, mucho gusto, mi nombre es Patricia Chamorro Rodríguez. Tengo los conocimientos que se requieren en asesoría de ventas, cuento con el perfil laboral que buscan.

—Disculpa, de pronto la oferta laboral no fue lo suficientemente clara, requerimos a una mujer heterosexual. Muchas gracias.

Experiencias similares tuvo que vivir Patricia en su búsqueda de trabajo. Ante la situación desesperada en que vivía, tuvo que vender dulces en el Sistema Integrado de Transporte Público (SITP) y Transmilenio.

—Mamá, es muy poco dinero, debemos aprender a vivir prudentemente mientras consigo un empleo.

Uno de esos tantos días, se topó con lo que parecía ser una oportunidad.

—Buen día, Patricia. Llevo varios días observando tu trabajo y tienes el perfil indicado para la oferta laboral disponible en mi bar.

—¿En serio? Tu propuesta ha llegado en el momento más esperado, cuéntame qué debería hacer en el bar.

—En realidad, la labor es muy sencilla: únicamente debes atender a los clientes del bar hasta el cierre.



—Entiendo, ¡muchas gracias, Yurani! ¡Cuenta conmigo! Mañana mismo puedo empezar si lo necesitas.

—Sí, claro. Mañana nos vemos.

Con el pasar del tiempo, Patricia sentía que no disfrutaba de su trabajo, los horarios eran extensos y el lugar se encontraba distante de su casa.

—Yurani, sinceramente me encuentro un poco cansada, pero no me puedo rendir. Gracias a este trabajo he logrado tener una calidad de vida digna para mí y mi familia. Mis hermanos retomaron sus estudios y mi madre puede atenderlos en casa.

—No te preocupes, amiga, en estos momentos, en una sede más cercana a tu casa, hay una vacante disponible. Debes entretener a los clientes por medio de un espectáculo de *drag queen*, pero tendrás un horario más flexible y un mejor salario.

—¡Increíble! Sin pensarlo, amiga, me interesa.

—Listo. Voy a hablar con el gerente de la sede del bar para recomendarte y que puedas empezar mañana.

Dicho trabajo no era lo que Patricia se imaginaba.

—¡Yurani me engañó! Además de tener que vestirme, maquillarme y bailar de una forma extravagante, con la que no me siento identificada, esto no se trata de un espectáculo público, sino de un espectáculo privado para los clientes.

—Lo siento mucho, compañera, pero desde que entras a este lugar es difícil salir.

El suceso que Patricia estaba experimentando le evocó sus vivencias en la educación básica y media en la institución educativa del municipio.

—Mamá, ¿recuerdas cómo me sentía durante mi adolescencia en la escuela del pueblo?

—Sí, claro, hija, es imposible olvidarlo. Te sentías sola y empezaste a padecer problemas psicológicos como consecuencia del peso de las reglas heteronormativas y la discriminación por tu condición sexual.

—Yo tampoco lo olvido, mamá. La institución, los directivos, los maestros y mis compañeros me impusieron espacios, formas de vestir, deportes y pensamientos, los cuales no me representaban.

—¿Por qué recuerdas eso ahora, hija?

—Porque así me siento en estos momentos.

—Patricia, te presento al señor Luciano, es un cliente VIP. Por favor, pórtate muy bien con él para que continúe visitando nuestro bar.

Con el pasar del tiempo, Patricia se vio obligada a realizar cosas que no quería. Fue víctima de discriminación y marginación, que se reflejaban en violencia verbal y física, lo que la sumió en un cuadro de ansiedad y depresión.

—Hija, tú no estás bien. Por favor, renuncia a ese trabajo.

—No puedo renunciar, mamá. Del dinero que obtengo dependemos todos.

En uno de esos tantos días, Patricia sufrió un desmayo por el que fue remitida a urgencias. Después de una serie de exámenes médicos, los doctores que la atendieron le comunicaron que era portadora del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH).

—¡No puede ser posible, doctor! Dígame que esto no es cierto, que el examen médico se encuentra errado.

—Lamentablemente, no es así, Patricia. Realizamos el examen médico en tres ocasiones y en todas arrojó un resultado positivo.

La noticia le cayó como un baldado de agua fría a Patricia. En ese momento comprendió que había tocado fondo. A partir de esa situación, decidió no volver a ese lugar que la había conducido a su tragedia.

—Mamá, necesitas saber que acabo de renunciar al trabajo y voy a iniciar un tratamiento contra el VIH, del cual soy portadora. Comprendo que esta noticia te puede entristecer y decepcionar, pero quiero que sepas que voy a luchar por mantener un buen estado de salud y continuar con lo que en un principio fue mi proyecto de vida.

—¡Ay, hija!, lamento mucho por lo que estás pasando, pero aquí estamos tus hermanos y yo para apoyarte.

—Muchas gracias, mamá, eso es lo que más necesito en estos momentos.

—Desconocemos lo que pudiste haber vivido en ese trabajo. Sin embargo, así como te esforzaste por brindarnos una calidad de vida, nosotros nos vamos a esforzar para que tú puedas tener un proceso de recuperación adecuado.

—¿A qué te refieres, mamá?

—Me refiero a que tus hermanos y yo podemos buscar un empleo y cuidarte durante tu proceso de recuperación.

—¡Ay, mamá! Lo valoro demasiado, en estos momentos me hace falta mucho mi papá.

—Lo sé, hija. Estoy segura de que tu papá desde el Cielo nos está cuidando y no nos va a desamparar.

## **Renacer en la Gran Ciudad**

**Sharoll Johanna Sánchez Ardila, Juana Cristina  
Martínez Roldán, Nohelia Urueta Consuegra, Rosibel  
Yiseth González Jiménez y Luis Miguel Hernández Tapia**

Nací en la época donde las quebradas, riachuelos, ríos y hasta los pequeños yacimientos de agua estaban teñidos de un rojo carmesí. Entre esas majestuosas montañas, el dulce canto de las aves no era más que el aviso inquebrantable e inevitable del próximo grito desesperado de una madre desolada entre miles. Por desgracia, aquellos ruegos al cielo, impotentes y llenos de angustia, solo quedarían penando vivamente entre susurros en el viento. Con un poco de atención, incluso puedes escuchar también, entre las montañas, las dulces voces danzar fervientemente al ritmo de los disparos.

Por suerte (si se le puede llamar suerte), las plegarias de mi madre fueron escuchadas por los majestuosos cielos, testigos silenciosos de aquellas familias que no pudieron evitar aquel desgarrador desenlace, ver como uno a uno sus seres queridos se desvanecían en grandes camiones o entre filas. A lo lejos, veía cómo de los ojos de mi madre se desbordaban pequeños riachuelos de lágrimas que, poco a poco, se convertían en dos imponentes ríos que caían sobre sus delicadas mejillas. Mi padre, que apenas podía sostenerla, tenía una mirada temerosa; pero, ahora que detallo aquel desgarrador recuerdo con cuidado, me

doy cuenta de que aquellos ojos decaídos y un tanto desolados emitían realmente una mirada de esperanza con pequeños toques de alivio. Mi pequeña y querida hermanita estaba totalmente petrificada, como si su cuerpo solo fuera un cascarón sin alma tras presenciar aquel suceso. Aquellas miradas se clavaron como estacas en mi corazón y alma, mientras me alejaba entre el basto monte, en aquel viejo burrito, a la Gran Ciudad, donde mi vida ya no correría peligro.

En medio de la maleza, con un hambre voraz que lograba controlar con uno que otro fruto que encontraba a mi paso, rezaba con que eso fuera lo único que encontraría. Cuando la noche pintaba por completo las montañas, aquellos relatos contados por mis abuelos, tíos y padres, de los cuales era totalmente escéptico, cobraron vida. Algunas estrellas y la luna eran testigos del miedo que me helaba hasta los huesos. El aullido de los monos retumbaba en mis oídos como voces que intentaban llevarme a la locura, tal como mi tío Jacinto había contado en más de una ocasión en aquellas ruidosas fiestas familiares. Con el pecho en alto, como un elegante pájaro, alardeaba seguir totalmente cuerdo al no poder aquellas voces seducirlo, gracias a su perrenque<sup>3</sup> y cañaña<sup>4</sup>.

Los majestuosos árboles y montañas se deformaban, todo su encanto se desvanecía, quedando repugnantes figuras que me horrorizaban, a tal punto que sin darme cuenta comenzaba a llorar como niño pequeño; contraía las rodillas contra mí, para que el dolor en mi pecho fuera

---

3. **Perrenque:** Fuerza, energía.

4. **Cañaña:** fuerza, energía, valor.

más ligero, me sentía sofocado, ahogado y solo. La idea de que en cualquier momento podía terminar como aquellos que, con suerte, años después, sus familias pidieran sus huesos, retumbaba en mi cabeza tan fuerte que sentía que iba a explotar. El dolor se incrementaba a tal punto que el ruido de los insectos, las aves nocturnas y los reptiles se distorsionaba en mi mente, tanto que escuchaba la dulce voz de mi madre cantándome aquella vieja canción de cuna con la que me arrullaba cuando era pequeño. Así fue como logré conservar mi cordura durante esos cinco días.

Un soplo de alegría me abrazó cuando llegué a la estación, cada vez estaba más cerca de llegar a la Gran Ciudad. Con la plata que logré conseguir por la venta de mi viejo burrito, junto con una parte de los pocos pesos que mi madre colocó en mis bolsillos, compré el pasaje a la Gran Ciudad.

Parecíamos sardinas enlatadas en aquel carrito. Realmente pensé que sería un viaje más tedioso de no haber sido por las figuras borrosas de los árboles que me mareaban, provocando que me quedara profundamente dormido durante gran parte del viaje. Después de largas horas, un montón de palitos empezaron a aparecer y, a medida que nos acercábamos, formaban enormes edificaciones que parecían rozar los cielos. Por fin, llegué a la Gran Ciudad, pero mis ojos solo podían percibir aquel paisaje no vedoso en una escala de grises a pesar de que en este lugar estaría a salvo.

En el terminal, tomé mi bolso y empecé a caminar buscando la salida. Al hacerlo, me quedé totalmente petrificado en medio de aquella masa de gente. Sentía cómo sus hombros me chocaban abruptamente como olas, que en repetidas ocasiones me hacían perder el equilibrio. En

un descuido terminé en el suelo frío, que heló cada articulación de mi cuerpo, y no fue hasta que el llanto de un pequeño bebé retumbó en mis oídos que puede salir de aquel trance.

Fuera de aquella jaula de animales salvajes, di un respiro hondo y comencé a caminar en busca de un sitio para pasar la noche, sitio que nunca encontré. A la mañana siguiente, intenté llenarme de ánimos para seguir en busca de un punto en donde me pudiera hospedar. Pese a que mi primera noche no fue tan satisfactoria, no iba a dejar que esas emociones me derrumbaran tan fácilmente. Ese día aprendí una gran lección que hasta el día de hoy tengo presente: por más nobles que sean las intenciones del corazón de una persona, siempre serán juzgados por aquello que los demás ven de su exterior.

Mientras deambulaba por las amplias calles, dos chicos que iban delante de mí se cambiaron al otro lado de la acera. Aquella acción, a la que no le di mucho cuidado, era el presagio de la humillación y el rechazo que sufriría horas después. Cuando el frío de la mañana empezaba apaciguarse por los intensos rayos del sol, vi a lo lejos un enorme letrero que decía «se arriendan habitaciones». Me alegré, y sin dudar entré en aquella casa. Había una gran sala donde estaban otras personas esperando su turno para hablar con la casera. Mis pies me dolían y para ese momento estaban todos hinchados, así que decidí sentarme en el pequeño espacio que quedaba en uno de los sillones que adornaban la sala.

Uno de los hombres que estaba sentado en el sillón me pregunta, con voz burlona, que si me sentaré. Al principio pensé que solo era una de esas personas que hacen

comentarios incómodos y con estos buscan crear un ambiente de familiaridad, pero vaya sorpresa me llevé cuando intenté sentarme, pues apoyó su mano en el espacio restante y, ahora con una voz suave y de asco, me dijo que el aroma de las personas como yo le causaba tanta repugnancia que podría vomitar.

Tales palabras derrumbaban mi esperanza, mis pies temblaban y apretaba los puños para contener mi rabia. El hombre se levantó del sillón, sacudió su enorme saco marrón y se dirigió hacia la salida. Ya en el marco de la puerta, se giró y, con el mismo tono de voz de antes, comentó que las personas decentes no deberían compartir el mismo lugar con ratas de campo, que son el presagio de desgracias para los que están a su alrededor.

Sentí cómo las miradas de todos me carcomían y me escaneaban de arriba hacia abajo mientras murmuraban. Sin darme cuenta mis pies comenzaron a correr, choqué con el hombre y seguí corriendo. Por un momento el dolor de mis pies ya no estaba, por un momento sentí que todo estaba bien, por un momento vi a mi familia con los brazos abiertos, así que corrí y corrí, hasta que me tropecé con una piedra y los únicos brazos que me recibieron fueron los del rasposo suelo de la calle. Bajo ese imponente sol del mediodía, comencé a llorar.

Después de unos minutos, me levanté. Embriagado por el llanto, empecé a caminar. Como un borracho empujado por la fría brisa de la Gran Ciudad, me tambaleaba de un lado para otro, mis pies ya no resistían y, esta vez, caí desmayado como un saco lleno de papas en la calle.

Las palmaditas en mis mejillas, que eran cada vez más fuertes y constantes, fueron las que me ayudaron a reaccionar.

Cuando abrí los ojos como huevos, vi la cara de una señora que estaba tan arrugada como uva pasa. Me recordó tanto a mi abuelita que comencé a llorar de nuevo mientras la abrazaba. Ella, sorprendida y con la voz más suave, gentil y delicada —en lo que fue el acto más amable que había recibido desde que llegué— me decía que todo iba a estar bien, que me calmara. Lo decía una y otra vez mientras me daba sutiles palmaditas en mi espalda.

Cuando ya pude calmarme, le conté, en medio de hipidos, todo lo que me había pasado desde que llegué a la Gran Ciudad, de lo mucho que extrañaba a mi familia y que todo eso no era más que mi culpa. Ella solo escuchaba en silencio mientras me limpiaba las pequeñas gotas de lágrimas que aún adornaban mis mejillas, tan cuidadosamente como si fueran el rocío de una delicada flor. Cuando se percató de que ya no quedaba rastro de lágrimas, se puso de pie y me extendió su arrugada mano para ayudarme a levantar. Ya parados, me ofreció un pequeño cuarto que tenía en su casa, si no era molestia para mí compartir el lugar con una anciana como ella. ¿Cómo no iba a querer? Ella no sabía que, para mí, a mis 17 de años, se había convertido en mi ángel de la guardia. La abracé con fuerza, ya iba a comenzar a llorar, pero esta vez de gratitud, cuando mis lágrimas fueron interrumpidas por su voz.

—Pero, chico, ya me tienes toda moqueada—. Su comentario burlesco me hizo reír de nuevo, me hizo sentir en casa.

Aquella casita parecía más bien una pequeña cueva acogedora, a duras penas contaba con servicio de gas y el agua la recogíamos de un pozo. Duré un mes junto a ella. Las primeras semanas iba todo bien, excepto por los fracasados intentos que hacía cada día en busca de algún trabajo.

Siempre llegaba triste, pero ella lograba levantarme el ánimo con una gran taza de café y un abrazo que me reconfortaba. Me sorprendía cómo ella lograba estar siempre tan animada, pero mi inocencia de aquel entonces no se percataba de las pequeñas lágrimas que se asomaban tímidamente de sus ojos cada mañana o los grandes suspiros que lanzaba al cielo cada noche de luna.

Con el paso del tiempo, noté que su alegría y entusiasmo se acababan junto con la plata que tenía. Pensaba que ese era el problema, así que cada día con gran entusiasmo le aseguraba que ya estaba a punto de conseguir un trabajo, ella solo asentía con una pequeña sonrisa. Una tarde, luego de pasar todo el día en la calle sin conseguir nada, llegué a la casa con los ánimos apagados. Me mantenía en pie la taza de café que ella me daba como consuelo, pero ese día no hubo taza de café, lo único que tomé fue el trago amargo de la realidad que estaba ignorando. Ella estaba llorando, tendida en el suelo de mi cuarto. Cuando se percató de mi presencia, se dirigió a mí de rodillas y, en medio de sollozos, me suplicaba que la perdonara, que ella me amaba, que era un niño muy bueno, que quería arrancarse el corazón del dolor que le daba. Realmente no entendía a lo que se refería, así que, como una vez ella hizo, me agaché y la abracé, le daba palmaditas en su espalda y le decía que todo estaría bien, que no era su culpa.

Cuando se calmó, y aún tirados en el piso, me contó que tenía un hijo, que había sido reclutado para luchar por el honor del país. Decía que lo extrañaba, que desde que se fue no había recibido ninguna noticia sobre si, al menos, su corazón seguía palpitando.

Desde entonces sufría cada noche, pero que, gracias a mi presencia, el dolor se había apaciguado. Hace un tiempo recibió una llamada: habían encontrado a su hijo, aunque tenía que pagar por su rescate. En este punto, su voz se quebró diciéndome que había intentado reunir el dinero, pero que todavía no le era suficiente, que no me había dicho nada para no preocuparme. En ese momento sentí cómo la impotencia recorría por mis venas al no poderla ayudar y pensé en mi madre, en lo duro que también debió de ser dejarme ir, así que le di un beso en la frente, luego le dije que entendía, y que gracias a ella mi primer mes en la Gran Ciudad había sido llevadero. Mi voz se quebró y empecé a llorar junto a ella, mientras la noche nos cubría con su frío manto. En ese momento me di cuenta de que ya era hora de volver a mi realidad.

A la mañana siguiente, antes de que ella despertara, tomé mis cosas y, con un nudo en la garganta, dejé atrás aquella casita, que, a pesar de no contar con ningún lujo, me brindó el más cálido y fraternal ambiente.

Durante los siguientes días que estuve deambulando bajo el osado sol y la penumbra de la noche de la Gran Ciudad, fue inevitable que a cada paso que daba, mi cuerpo adoptara una apariencia escuálida y maloliente que a duras penas podía reconocer cuando veía mi reflejo en aquellos grandes edificios. Ya no me sorprendía ver las caras de desprecio de las personas a mi alrededor o que me negaran cualquier vacante de trabajo. Estaba totalmente resignado y acabado. La verdad era que la Gran Ciudad me estaba consumiendo, realmente ya era inevitable para mí apaciguar aquellos pensamientos negativos que se apoderaban de mi mente. Mientras arrastraba mi cuerpo con las pocas

fuerzas que tenía, pude contemplar con detalle cada lugar de la Gran Ciudad y me percataba de que no eran más que la representación, pero sin esencia, del campo. Los bellos cielos azules que podía ver desde las mañanas hasta el anochecer estaban entristecidos por una vasta nube gris, producto del humo de las grandes fábricas y los carros. Los pastizales, los frondosos árboles verdes en los que podías encontrarte uno que otro animal, eran remplazados por el pavimento de un color insípido que ardía con la salida del sol, y los únicos animales que podía ver eran las personas que se movían tan atareadamente que podían llegar a ser más hostiles que los mismos animales.

La lluvia, que me hacía rememorar aquellas épocas de mi niñez, aquí solo avivaba el repugnante olor de las alcantarillas y las basuras que adornaban la ciudad como flores silvestres, que en lugar de tener un dulce aroma solo hedían peor que una porqueriza. Es que ni el rastro de un gorrión danzar podía contemplar en medio de esos grandes cables negros que arrumaban hasta el hermoso ocaso cada tarde. Sin embargo, comparar estos paisajes solo me dejaba con un sinsabor; lo que realmente me sumía en una tristeza absoluta eran aquellos ajenos paisajes cotidianos y aparentemente simples que, al compararlos con los míos, eran clásicos de terror. Así que, sin darme cuenta, también comencé a odiar mi campo.

Durante mi recorrido me gustaba observar las grandes escuelas repletas de estudiantes, eran las únicas edificaciones de las que no tenía ninguna objeción. Era una fantasía para mí ver cómo estar ahí no colocaba sus vidas en peligro. A veces intentaba recordar algún momento plácido y de felicidad con mis amigos en la escuela, pero por más felices

que fueran al comienzo, siempre terminaban con disparos y un panfleto al día siguiente de la desaparición de algún compañero. Otro paisaje que contemplaba cuando pasaba por algún parque era de niños jugueteando felizmente con sus padres, ese paisaje sí que me hacía retroceder en el tiempo, realmente me alegraba, me alegraba ver sus risas, pero también me moría de envidia, yo también quería sentir las suaves manos de mi madre acariciar mi cabello y jugar con mi hermanita. Para que la nostalgia no me derrumbara, prefería evitar cualquier imagen que me hiciera rememorar o imaginar momentos con mi familia.

No podía amar a esta ciudad, la repudiaba completamente, mucho más si tenía que dormir sobre un cartón y alimentarme de las pocas migas que la gente dejaba, me había convertido en un naufrago de esta ciudad. Ya no estaba del todo cuerdo, los recuerdos fugaces de mi familia me aturdían constantemente y, con el paso de las horas, la llegada de la noche me consumía en su locura, al punto que el alborotado ruido de los pitos de los carros era tan insoportable que me tapaba los oídos, así que decidí salir corriendo para alejarme de aquel bullicio. Mientras corría, recordé aquella fatídica noche, así que empecé a correr con mucha más fuerza y desesperación, tanto que, sin darme cuenta, terminé frente a un puente y mi mente declinó.

Estaba sentado en el borde del puente, la fría noche me hacía erizar, los recuerdos desde que todavía tenía conciencia empezaron a pasar frente a mí, realmente casi todos eran relativamente felices hasta que llegué al de aquella noche. Quién diría que en una noche con hermoso firmamento condenaría la vida de mis amigos y la mía. El recuerdo llegó a ser tan vívido que lograba percibir el

olor a pólvora que me transportó completamente a aquella noche. Si tan solo me hubiera quedado en casa como sugirió mi madre, tal vez no estaría aquí, pensaba. Luego aparecieron mis amigos, al verlos, lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas, realmente nos veíamos muy felices, pero nuestra felicidad fue interrumpida cuando, al bajar una parte de la montaña, una lluvia de balas imprevistas nos sorprendió. El vasto monte no fue suficiente para que nuestra presencia pasara desapercibida para aquellos que sin piedad terminaron con la vida de uno de los cabecillas. Al ver esta escena, el suspiro agitado de uno de mis amigos nos dejó al descubierto.

No tuvimos más remedio que salir corriendo, cada uno por su parte, cada uno a su suerte. Yo logré escabullirme hasta mi casa, donde mi familia ya me esperaba, aturcida por los disparos. A la mañana siguiente se corrió el rumor de la muerte de uno de mis amigos que supuestamente había sido alcanzado por una bala perdida. Este recuerdo me empujaba hacia el vacío.

Sentía cómo mi cuerpo inclinaba cada vez más, hasta que el recuerdo de mi madre con lágrimas pidiéndome que viviera me estremeció con una cálida brisa de primavera, suficiente para secar mis lágrimas y darme cuenta de la terrible decisión que estaba a punto de tomar. Ese no era mi final. La serie de hechos que habían transcurrido en mi vida hasta ese momento no me empujarían hacia ese abismo, no era el único que estaba haciendo mi mejor esfuerzo: mi madre, mi padre, mi hermana, toda mi familia de seguro, aguardaban por mi regreso y no pensaba regresar en un ataúd. Me sentí energético, terminé de secar las pocas lágrimas que adornaban mis mejillas y me alejé de aquella oscuridad.

Pasé toda la noche en vela buscando una solución. En medio del vaivén de ideas, recordé aquella campaña que una ONG había realizado en mi pueblo, la cual buscaba fomentar el liderazgo de los jóvenes vulnerables. Durante esas campañas, me hice muy cercano a uno de los profesores, así que intenté recordar su número de teléfono durante el resto de la noche. A la mañana siguiente, ya había recordado. Con el dinero que recolectaba mendigando, llamaba cada vez que podía. Aunque no me contestaran, no perdía la esperanza. A la décima vez, contestó. Su voz me llenó de alegría. Le conté mi situación y le pedí su ayuda. Él me dijo que había una sede de esa organización en la Gran Ciudad. Le dije que me comunicaría con ellos para que me ayudaran. Estaba realmente feliz, por primera vez agradecí haber deambulado por las calles, así que no se me fue difícil encontrar la dirección.

Cuando llegué me acogieron de la forma más cálida. Me brindaron comida y un lugar donde hospedarme, me ayudaron a terminar la secundaria y asistí a talleres que ellos dictaban. Conocí a otros jóvenes que pasaban o pasaron situaciones similares a las mías. Al conocer sus historias no me sentí solo.

Luego de culminar mis estudios, me propuse entrar a la mejor universidad pública de la Gran Ciudad; pero a pesar de mi persistencia, no lo logré. Aprendí en los talleres que hay mil formas de conseguir los que quieres. Gracias a unos amigos, puede entrar en otra universidad, pero esta vez privada, para estudiar comunicación social. Al principio pensaba que solo encontraría personas orgullosas y arrogantes; sin darme cuenta estaba comportándome como las personas que me rechazaron, los juzgaba solo



porque tenía miedo. Así que me tomé las cosas con calma y logré conocer maravillosas personas que hasta el día de hoy siguen siendo grandes amigos. Con el paso de los meses me integré por completo a mi nueva vida universitaria.

Pasaron varios años, logré terminar mis estudios con mucho esfuerzo. Luego, conseguí un trabajo con el que pagaba el alquiler del apartamento. Sin embargo, todavía sentía un vacío en mi corazón que me abatía de vez en cuando, ese vacío era por la falta que mi familia me hacía. Así, que, sin dudar, un día compré el pasaje y me fui rumbo a mi pueblo.

Llegué a la estación a la que había durado cinco días en llegar y recordé con nostalgia a mi viejo burrito. Me embarqué en otro carro, porque, para mi sorpresa, ya habían echado carretera hasta mi finquita. Cuando llegué al portón vi a mi madre, mi padre y mi hermana. Salí corriendo a abrazarlos, no cabía de la alegría. Palpé la cara de mi madre: sin duda era ella, adornada con una que otra arruguita en sus ojos y en la comisura de su boca.

Cuando entré a la finquita, todos mis tíos, primos y hasta mis abuelos estaban ahí, organizaron una fiesta como aquellas de fin de año. Por primera vez, no era ostentosa y fastidiosa. Por primera vez en años, sentí la calidez de nuevo de mi familia.

Las siguientes semanas paseé por cada rincón del pueblo. Nada había cambiado, todo igual, pero el aire se sentía más ligero. En mi recorrido veía a los niños jugar con libertad, eso me alegraba. También vi a mis antiguos compañeros, algunos ya tenían familia, algunos ya no estaban, algunos también habían volado, pero no se sabía nada de ellos. A veces, por las tardes, contábamos chistes y anécdotas, y al final nos mirábamos las caras sonrientes, éramos testigos de nuestros pasados, pero preferíamos mirar hacia el futuro.

Una tarde, divagando en medio del monte que tanto me atormentó años atrás, me preguntaba lo que de verdad quería y quién era yo realmente. En ese momento advertí que ya mi vida no le pertenecía a la tranquilidad del campo, que eso había quedado como recuerdos de mi niñez. Donde yo pertenecía era a la Gran Ciudad, a esa que me hizo sufrir, pero también me hizo dar mi mejor versión. Después de unas semanas, ya estaba frente al portón, como aquella primera vez, aunque ahora era diferente, solo eran sonrisas que me decían: vive tu vida y alcanza tus sueños. Esta vez no había lágrimas. Ya no me desvanecía en medio de la maleza.

Las horas que había durado durante aquel ajetreado viaje para salvar mi vida, se habían convertido en minutos. Cuando llegué a la terminal, ya pasaba desapercibido en medio de aquella masa de «animales», y me reía entre dientes al recordar que, en aquel momento, cuando caí en medio de aquella multitud, era un culicagado<sup>5</sup> valiente.

Cuando salí, respiré hondo, y aquella ciudad que antes veía en escala de grises cobró colores a cada paso que daba. Ahora era un nuevo hombre. Mi mentalidad, circunstancias y motivaciones eran diferentes, si bien mi esencia era la misma, solo que con una pizca de valentía. Estaba emocionado de lo que vendría para mí. Quería seguir estudiando y ayudar a otros jóvenes como yo. Claro que no va a ser fácil, pero tampoco imposible.

---

5. **Culicagado:** niño o niña de corta edad.

## Alexa<sup>6</sup>

**Daniela Karina Ponzón Urieles, Luisa Fernanda  
Cadena Fonnegra, Angela María Páez Osorio, Zharic  
Hernández Montaña**

**Colaborador: Faiber Julián Jiménez Osorio**

Mi nombre es Alexa y esta es mi historia.

Salí de la cárcel en junio de 2017. Fue un momento de liberación después de once años en un lugar donde mi existencia se vio reducida al encierro. Las montañas, las paredes y las miradas vigilantes me rodearon constantemente toda mi vida, haciendo que mi juventud se desvaneciera junto con mis sueños.

Esta pesadilla comenzó cuando tenía 14 años. En aquel entonces, vivía en Herrera, Rioblanco, Tolima, en compañía de mi madre, mi padrastro y mis hermanos. Éramos dueños de una cigarrería, una casa y una finca. Yo estudiaba en el Colegio San Rafael, donde estaba cursando octavo de bachillerato. Fue entonces cuando la guerrilla empezó a organizarnos en el colegio, donde hacían lo que ellos lla-

---

6. Relato basado en los testimonios de Alexandra y Andrea, compilados en el libro: Corporación Rosa Blanca Colombia (2020). *Testimonios de la Rosa Blanca: Historias de mujeres víctimas de reclutamiento forzado, violencia sexual y basada en género por parte de las FARC-EP*. Corporación Rosa Blanca Colombia y Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2022/07/TESTIMONIOS-DE-LA-ROSA-BLANCA-DIGITAL.pdf>

maban «organización de masas», que consistía en adoctrinar a los estudiantes.

En las tardes, luego de clases y los fines de semana, ayudaba en el negocio donde, además de los vecinos, llegaban guerrilleros, entre ellos un hombre al que le decían Miller Salcedo. Iba cada cierto tiempo en compañía de otros guerrilleros a comprar dulces, alimentos e insumos que llevaban para su campamento en el monte.

A partir del año 2004, como estrategia militar, el Gobierno nacional empezó a reforzar la presencia del Ejército en la región, ellos llegaban cada tres meses y después volvían a trasladarse. Así iniciaron los cambios y movimientos en el pueblo: al salir el Ejército, volvía la guerrilla y viceversa. Así fue durante un año aproximadamente. Fueron meses de zozobra y miedo, no se sabía a cuál de los dos grupos se le debía obedecer.

Al ser dueños de la cigarrería, no solo debíamos venderle a la guerrilla, sino también al Ejército, en los momentos en que estos grupos se tomaban el pueblo. Cada vez que Miller Salcedo volvía, amenazaba a mi madre con hacerle daño a ella, a mí o a mis hermanos si le vendíamos al Ejército; pero, a su vez, quien no colaboraba con el Estado, era visto como un guerrillero. En ese entonces no había más salida que venderles a todos.

En una de esas entradas de la guerrilla, alias Cristian, quien era el cantante de la guerrilla, convocó a una reunión a la que tuvo que ir todo el pueblo. Ese día, leyeron una lista de mujeres que supuestamente colaboraban con el Ejército por ser novias, parejas o familiares de militares. Para mi sorpresa y horror, mi nombre fue pronunciado entre las treinta mujeres, alegando que yo era supuestamente

novia de un soldado, así que me sentenciaron a abandonar el pueblo.

En ese momento yo tenía quince años. Cuando vi que me pusieron en esa lista, sentí que moría, tenía un nudo en mi garganta y me faltaba el aire. Mi mamá era lo más importante para mí y la idea de tener que abandonarla me quebraba por dentro. Yo no sabía para dónde irme, no tenía familiares ni conocía otro lugar que no fuese mi hogar, así que decidí quedarme en el pueblo.

Pasados tres meses, todo volvió a la normalidad. Había cierta calma y quietud en el pueblo, por lo que pensé que se habían olvidado de los castigos y que podría quedarme con mi familia sin problemas, hasta el día que vi llegar al colegio a Miller Salcedo y Cristian junto con algunos hombres uniformados y armados con fusil. Llegaron en un carro, listos para llevarse a los muchachos que iban a reclutar. Cuando salí ese día del colegio, Miller Salcedo se acercó y me dijo:

—¡Hoy vienes con nosotros!

A lo que yo contesté:

—No, por favor, déjenme ir, yo no he hecho nada.

Cristian me vio con arrogancia y me dijo:

—¿Acaso nos importa? La orden era matarte, así que vienes con nosotros o terminas fría y bajo tierra.

En aquella ocasión, me subieron al vehículo en compañía de otros cinco menores, quienes eran mis compañeros de es-

cuela; sin embargo, en ese grupo yo era la única mujer. Nos llevaron a una finca cerca del pueblo para pasar la noche. Al otro día, en la madrugada, llegó Miller Salcedo a decirnos que debíamos irnos a otra finca por el lado del páramo. Al llegar al lugar, nos dejaron como encomiendas en manos de los comandantes, quienes eran Cristian y alias Jerónimo. En ese momento, iniciamos nuestro entrenamiento de polígonos como guerrilleros, allí estuvimos durante tres días. Cuando terminamos, dispusieron que los muchachos iban a ser milicianos en el pueblo y a mí me iban a recluir como guerrillera en el monte.

Antes de llevarme al campamento, Cristian decidió dejarme ver a mi madre por última vez; mientras, él se adelantó para la casa de mi mamá a decirle que iba a dejar que me viera. Yo estaba asustada porque, antes de irse, este amenazó con matarla si lloraba o decía algo. Unas horas después, me encontraba en mi casa, abrazando a mi madre para consolarnos mutuamente y así convencernos de que todo iba a estar bien, aunque supiéramos que no lo estaría, ya que me tenía que ir, sin saber que me deparaba más allá de las violencias que ya habíamos visto por parte de la guerrilla en el pueblo.

No quería dejarlos para irme con ellos, pero el terror que me causaba que le hicieran algo a ella o a mis hermanos por mi resistencia me armó de una valentía momentánea, y después de ese abrazo y unas breves palabras me fui, dejándolos a ellos en un eterno llanto. A mi familia no le dijeron mucho, no hubo explicaciones ni muchos permisos. Solo era un aviso de que me llevaban y que no podían hacer nada para intentar impedirlo, porque nos mataban. Ahora yo les pertenecía.



Después de darse el encuentro con mi mamá, Cristian me llevó caminando hasta el campamento del páramo donde se encontraba Jerónimo, quien estaba con muchos guerrilleros porque se habían reunido todas las compañías para hacer «balance de gestión».

Como había muchos de ellos, recuerdo que me acerqué a una guerrillera que yo había visto antes de que me reclutaran, se llamaba Victoria Sandino, alias Vicky. Le pregunté que si se acordaba de mí. Al verme, ella se mostró muy interesada en escucharme y pensé que era la oportunidad de contarle lo que me pasó al momento que me reclutaron y me alejaron de mi familia. Le conté que tenía mucho miedo de lo que pudiera suceder o de lo que me obligaran a hacer. En esa oportunidad, me dijo que iba a ver qué se podía hacer para que me llevaran con mi mamá, pero me advirtió de ciertas reglas que debía seguir si quería sobrevivir:

1. Recuerda siempre que eres subordinada.
2. Déjate abusar, si pones resistencia es peor.
3. Toma anticonceptivos porque a la guerra no se viene a tener hijos.
4. Si quedas embarazada, tu deber es botar al bebé. Si no lo haces, tendrás que enfrentar el castigo del consejo de guerra. Ellos te pueden fusilar.
5. Y, por último, haz todo en nombre de la revolución.

Luego de esta conversación me recomendó que fuera a mi caleta y aprovechará para dormir un poco, porque lo que vendría sería difícil. Sin decir una palabra me fui y lloré en silencio.

Al otro día, en la mañana, Jerónimo me llamó a su caleta y me dijo:

—Así que tú eres mi nuevo juguete. Yo me divertiré contigo de ahora en adelante, y espero que no seas arisca, porque si es así, tendré que amansarte.

Al escucharlo tuve miedo y se me hizo un nudo en la garganta. Al verme así, se echó a reír y me dijo:

—Quítate la ropa, vamos a ver qué tanto me divertiré hoy.

Desde ese momento, empezó a obligarme a quedarme con él para abusar de mí. Durante el tiempo que duró el balance de gestión, Jerónimo me hizo ir a su caleta varias veces al día, para fotografiarme y hacer lo que quisiera conmigo. Cada vez que esto sucedía me invadía un sentimiento de miedo y horror, lloraba sin parar y le suplicaba que me dejara ir; yo no quería estar ahí, pero él se reía mientras golpeaba mi cuerpo.

Y así, cuando terminó ese balance de gestión, cada compañía regresó a su lugar y a mí me llevaron para el Frente 25 de las FARC, ubicado cerca del municipio de Dolores (Tolima). Durante el traslado oí que el comandante del frente, alias el Abuelo, tenía pareja, por lo que pensé que todo iba a cambiar y que no me iba a volver a pasar nada. Para mi pesar, a los días de haber llegado al campamento, escuché que su mujer estaba embarazada, por lo cual se encontraba viviendo en el pueblo cercano; en ese momento mi calma desapareció, algo en mí supo que se repetiría el abuso. En el campamento éramos pocas mujeres y yo era la más joven del lugar. Los otros guerrilleros comentaban con burla que sería la próxima mujer del comandante. No pasó mucho tiempo para que el Abuelo comenzara a llamarme cada dos días o día y medio para abusar de mí e imponer su voluntad.

Pasado unos meses vino al campamento Vicky en compañía de otros guerrilleros. Al verla, me acerqué para preguntarle si me recordaba y si había logrado hacer algo para poder salir de ese horrible lugar. Yo quería regresar con mi familia, le conté mis intenciones de escapar. Ella me miró y me dijo:

—Mujer, nosotras aquí somos mujeres, y ellos, hombres, y esto es parte de nuestro trabajo, por lo que debes quedarte callada; si te quejas o te resistes, todo empeorará.

Luego de decirme esto se alejó de mí. Un par de días después regresó a su campamento, y hasta el sol de hoy no la he vuelto a ver.

En el frente me tocaba prestar guardia, hacer rancha<sup>7</sup> y chontos<sup>8</sup>; sin embargo, a medida que pasaban los días empecé a darme cuenta de que la pesadilla no se limitaba a las tareas que me obligaban a hacer o a los abusos del Abuelo, sino que, además, los otros oficiales de servicio (como llamaban a los mandos medios) también empezaban a abusar de mí.

A menudo, recuerdo que una noche un oficial de servicio entró a mi caleta como a la una de la mañana y abusó de mí. Luché con todas mis fuerzas, llamando la atención de un guardia que escuchó lo que pasaba y fue a contar lo sucedido. Pero cuando me llamaron a rendir informe, me obligaron a cargar leña durante 20 días y cavar quince chontos. Ese día me llené de furia, puesto que me sancionaron solo a mí, y decidí que no quería seguir soportando estos abusos.

---

7. **Rancho:** labores de cocina que se realizan para las tropas.

8. **Chontos:** huecos en la tierra que sirven como letrinas.

Ese mismo oficial de servicio era quien estaba a cargo del entrenamiento físico, en el que nos hacían pasar diferentes pruebas diariamente. En una de estas dijo:

—Hoy vamos a ver quiénes son las gallinas de este grupo, los quiero ver tirándose por este barranco, quien no lo haga ya sabe que le espera.

Yo, al ver la altura, tuve miedo y no quise hacerlo, pero al verme titubear me dijo:

—Se tira o la tiro.

Por miedo al castigo que me esperaba por desobedecer las órdenes salté, pero el barranco tenía más de diez metros, por lo que al caer me fracturé un brazo. Al enterarse de esto, el Abuelo dio la orden de que me dejaran ocho días en una casa sola y sin poder ir a que me revisaran el brazo, porque, para él, yo estaba muy altanera y merecía un castigo. El tiempo pasaba y el dolor solo aumentaba entre las frías paredes de esa casa abandonada.

Pasaron los días. El Abuelo llegó de visita y, al ver mi brazo inflamado y morado, se echó a reír y dijo que había que mocharlo. No pude decir nada, las palabras no salían de mi boca, y en mi interior sabía que, si eso sucedía, solo sería el comienzo de cosas peores. Yo ya había perdido todo y solo tenía que esperar a que el momento llegara.

Logré salir de esa pesadilla en noviembre, porque hicieron un operativo y, al estar en una casa abandonada, alejada del frente, no me vieron. No podía ni levantarme, pasé días sin comer y mi brazo solo empeoró. Apenas tuve la oportunidad, y con un último esfuerzo, caminé hasta el pueblo más cercano. Al llegar lo primero que pensé fue contactar a mi mamá y logré hacerlo a finales de 2006. En enero de 2007, me reencontré con mi madre, quien viajó

hasta el lugar donde me encontraba. Al verla me sentí feliz y segura. Ella cuidó de mí por unos días, en los cuales tomé la decisión de ir a Bogotá y desmovilizarme.

Al llegar al Ministerio de Defensa, inicié mi proceso de desmovilización, en el que tuve que pasar por los albergues del programa del Gobierno nacional, y el 4 de abril de 2007, a los cuatro meses de haberme acogido al programa, me capturan. Entrar a la cárcel fue para mí una experiencia horrible, porque yo no me esperaba pasar tanto tiempo encerrada, era como vivir una pesadilla sin fin. Ver a mi familia llegar a visitarme a una celda fue muy duro.

El proceso duró once años, los cuales pasé en la cárcel. En 2010 me acogí a la Ley de Justicia y Paz y pude salir en libertad en el 2017. Fue muy complicado salir de nuevo a la vida civil, pues no tenía conocimiento de nada de lo que había afuera, era como empezar desde cero: no tenía oportunidades de trabajo porque mis documentos están reportados, y en términos de salud, terminé perdiendo el brazo; pero he buscado salir adelante junto con mi mamá y hermanos a pesar de las adversidades.

## Desafiando la adversidad

Nellys Racines Hincapié, Fabiana Wedefor  
y Daniel Piña Zambrano

Nací en la misma tierra donde creció el nobel de literatura Gabriel García Márquez. Desde muy joven, mi amor por el campo me llevó a dirigirme hacia la finca que tenía mi padre bajo su custodia. Fue allí donde crecí y recibí parte de mi educación, pero mi vida no fue fácil. A medida que crecía, me sentía cada vez más cautivado por el uso de las armas. Constantemente mencionaba mi deseo de unirme al grupo que socavaba la autoridad y el control del Gobierno, generando un clima de inseguridad y temor: la guerrilla. En la finca de mi padre, cada tarde esperaba ansioso a que el sol se ocultara en el horizonte para disfrutar de una taza de café con mi *apá*, como yo le decía cariñosamente. La finca estaba ubicada en una vereda cerca de la Sierra Nevada, en jurisdicción de Ciénaga.

Sin embargo, la historia y mi decisión cambiaron cuando llegaron e irrumpieron la paz de nuestra población, arrebatando fincas, desplazando y asesinando a los campesinos. Por esa razón nos vimos obligados a vender la finca que, con tanto esfuerzo, administramos por unos cuantos pesos. Todo esto como resultado de no querer acceder a las peticiones y extorsiones de ellos, por lo que nos tocó regresar al pueblo, convirtiéndonos en víctimas de desplazamiento forzado.

El impacto de esta experiencia fue devastador, la tranquilidad y seguridad que había disfrutado en la finca se desvanecieron de repente. Me perdí sin un lugar al que llamar hogar, y fue entonces cuando comencé a darme cuenta de que la guerrilla no era la solución a nuestros problemas, puesto que la violencia y la opresión que vi a mi alrededor no era la respuesta.

Después del suceso que nos llevó a abandonar nuestra finca, llegamos nuevamente al pueblo que me vio nacer, buscando refugio y ayuda. Gracias al cielo, algunos familiares cercanos se movilizaron para recolectar dinero y así buscar protección en una vereda en la ciudad de Santa Marta. Mientras tanto, yo no me había retractado de mi decisión de empuñar un rifle, pero esta vez tenía un impulso diferente, el cual era el de combatir a aquellos que un día nos desplazaron y arrebataron la tranquilidad y la paz de nuestras vidas.

Mi padre y yo tuvimos que empezar de cero en la vereda, tratando de reconstruir nuestras vidas, y, a medida que pasó el tiempo, mi perspectiva comenzó a cambiar, debido a que decidí enlistarme y prestar el servicio militar. Fue un camino difícil y lleno de obstáculos, pero cada pequeño paso me acercó a mi objetivo de construir un país más justo y pacífico de una manera diferente, para marcar una diferencia en el mundo. Mi coraje y determinación me llevaron a alcanzar cada uno de mis objetivos.

Cabe resaltar que el entrenamiento que se llevaba en el Ejército fue bastante riguroso y exigente, cosa a la que yo no estaba acostumbrado; sin embargo, nunca me rendí. Allí aprendí habilidades tácticas y estratégicas, técnicas avanzadas de combate, entre otras cosas.

Una vez completé mi entrenamiento, fui a una región aislada por el conflicto, y al llegar a mi destino, fui asignado a un territorio que estaba dividido por facciones enemigas, donde la violencia y el caos habían dejado a la población civil sumida en el sufrimiento. Entonces, junto con mis compañeros de las fuerzas especiales, nos embarcamos en la misión de estabilizar la situación y restaurar el orden. Desde el primer día, me esforcé por demostrar mi valía como soldado, mi coraje se manifestaba en cada misión que emprendía, pues no temía enfrentarme a situaciones peligrosas y siempre ponía la seguridad de los demás por encima de la propia. Porque, como miembro de las fuerzas de seguridad, mi objetivo era mantener la paz y la seguridad en la región, enfrentarme a los grupos armados ilegales que operaban en la zona.

Con el tiempo, me convertí en un líder respetado y admirado, tanto por mis compañeros como por la población local. Mi compromiso y dedicación con la causa eran evidentes para todos. No solo luchaba contra los enemigos en el campo de batalla, sino que también buscaba establecer relaciones de confianza con la comunidad. Organizaba actividades y proyectos para mejorar las condiciones de vida de las personas y brindarles esperanza en medio de la adversidad; sin embargo, también enfrenté mis propios desafíos emocionales. La exposición constante a la violencia y el sufrimiento dejaba cicatrices en mi corazón. A menudo, me cuestionaba si mis acciones realmente estaban contribuyendo a un cambio positivo; pero a pesar de mis dudas, nunca permití que la oscuridad me consumiera y siempre daba lo mejor de mí para dejar un buen legado a mis familiares.

Encontré la fuerza para seguir adelante y cumplir con mi deber. Recuerdo claramente esa ocasión en la que me vi envuelto en un intenso intercambio de disparos con mi compañero, mientras patrullábamos una zona boscosa. Las balas silbaban a nuestro alrededor mientras buscábamos refugio y respondíamos al fuego enemigo. La situación era caótica y llena de tensión. Desafortunadamente, durante ese enfrentamiento, tanto mi compañero como yo fuimos superados en número y fuerza por los guerrilleros. Nos vimos alcanzados, y antes de que pudiéramos reaccionar, fuimos capturados y llevados cautivos por el grupo armado.

El secuestro nos sumió en un estado de incertidumbre y miedo, puesto que nos llevaron a su campamento, escondido en lo profundo de la selva. Durante el cautiverio, nuestras condiciones eran precarias. Éramos sometidos a maltratos físicos y psicológicos constantes. Las jornadas largas de tortura y la incertidumbre sobre nuestro destino minaron nuestra moral y fortaleza. No obstante, no perdimos la esperanza y manteníamos viva la determinación de sobrevivir y regresar con nuestras familias. Aprovechamos cualquier oportunidad para tratar de escapar, pero siempre estábamos bajo una vigilancia estrecha. Pasaron semanas, luego meses, durante los que fuimos testigos de los horrores de la guerra en carne propia. Los secuestros, los combates y la vida en medio de la selva nos mostraron un lado oscuro y despiadado del conflicto.

Nos encontrábamos en una situación peligrosa, sin saber qué nos esperaba o cuánto tiempo estaríamos en manos de nuestros captores. Fueron días llenos de tensión, donde cada momento era una lucha por nuestra supervivencia física y mental, y el tiempo transcurría lentamente mientras

esperábamos alguna señal de esperanza o una oportunidad para escapar. Nos aferramos a la esperanza de ser rescatados o de encontrar una oportunidad para liberarnos.

Pasó mucho tiempo, hasta que finalmente llegó el momento en que nuestras fuerzas de seguridad lograron rastrearnos y ejecutar una operación de rescate. Con el apoyo de un equipo especializado, se llevó a cabo un audaz asalto a la guarida del grupo armado donde nos tenían prisioneros. Durante el rescate, hubo un tiroteo intenso, y, finalmente, fuimos liberados. La sensación de volver a la libertad fue abrumadora. Aunque estábamos debilitados y emocionalmente afectados, nos sentimos agradecidos de estar vivos y de haber recuperado nuestra libertad. Regresamos con nuestras familias y seres queridos, quienes habían estado angustiados por nuestra desaparición.

Luego del secuestro, decidí seguir en las fuerzas militares. Y un día como cualquier otro, fui enviado a defender una vereda de las fuerzas paramilitares. Al llegar al lugar, estuve haciendo revisión de la zona, cuando de pronto me encuentro de frente al enemigo, con la mirada fija en el horizonte. El corazón corría desbocado en mi pecho mientras sostenía mi fusil con firmeza. Estoy rodeado de mi grupo de soldados, todos ellos valientes hombres seleccionados para luchar hasta el final.

Sabíamos que el peligro acechaba en cada rincón de ese territorio hostil, pero nuestro objetivo era claro: «Neutralizar a las fuerzas rebeldes de los grupos armados que amenazaban con la paz y la estabilidad de esa región». El sonido ensordecedor de los disparos y las explosiones resonaron a nuestro alrededor, el estruendo de la guerra se convirtió en la banda sonora de esta batalla que se desarrolló frente

a mis ojos, los nervios estaban a flor de piel, pero debíamos mantener la calma y la concentración en medio del caos. De repente, vi cómo el enemigo accionó un grupo de minas en las que mi grupo de soldados se encontraba posicionado. El tiempo parecía haberse detenido por un instante, mientras mis sentidos se agudizaban y mi instinto de supervivencia entraba en juego. Pero antes de que pudiera reaccionar, la explosión sacudió el suelo bajo mis pies. El impacto fue devastador; sentí como si un garrotazo gigante me hubiera golpeado en la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, me vi volando por el aire, despojado de todo control sobre mi cuerpo. Luego de eso, caí de manera abrupta, sentado en el mismo hueco que dejó la explosión, y grité desesperadamente porque mi fusil, mi herramienta de protección y defensa, se había perdido en la confusión y el estruendo. Me quedé en silencio durante lo que pareció una eternidad, aunque en realidad solo fueron unos breves 40 segundos. Todo giraba a mi alrededor, tenía una marea de sensaciones y pensamientos confusos. Algo espeso y tibio descendía por mi rostro, y cuando llevé la mano a mi cara, descubrí horrorizado que era sangre. La sangre brotaba de mi ojo derecho, del cachete izquierdo y mi labio inferior estaba destrozado.

La realidad me golpeó con fuerza y un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras me di cuenta de que había perdido mi ojo por completo. El horror se apoderó de mí y una oleada de emociones abrumadoras atacaron mi ser. La incredulidad se mezcló con la desesperación. Miré a mi alrededor, buscando respuestas en medio del caos, pero la sangre seguía fluyendo, demostrándome la gravedad de mi lesión. Me tomé un momento para procesar la magnitud

de lo que acababa de suceder y, a medida que la realidad se asentaba, me enfrenté a una verdad aún más devastadora. Al intentar incorporarme, sentí una extraña sensación en mi pierna. Miré hacia abajo y me di cuenta de que me faltaba una pierna. El impacto de la pérdida se clavó en lo más profundo de mi ser, como un puñal en el corazón.

La desesperanza y la oscuridad se apoderaron de mis pensamientos. Sentí una oleada abrumadora de tristeza y rabia. Deseé en ese momento que la tierra me tragara, que todo el sufrimiento llegara a su fin. Los pensamientos de rendición y muerte parecían envolverme, y la idea de seguir adelante se volvió insoportable. La pérdida de mi ojo y mi pierna se convirtió en un abismo insalvable en mi mente.

Mis compañeros se acercaron rápidamente para ayudarme, demostrando una vez más el espíritu de camaradería y solidaridad que nos unía como hermanos de armas. Aunque estaba malherido, no estaba solo y era algo por lo que estaba muy agradecido.

Aclaro que me sentí abrumado por la sensación de estar atrapado en un cuerpo mutilado, incapaz de hacer las cosas que antes eran tan simples. La tristeza se convirtió en un compañero constante, como una sombra que me perseguía en cada paso. Pero, incluso en los momentos más oscuros, algo dentro de mí se negó a rendirse por completo. Una chispa de esperanza luchó por emerger de la oscuridad. A medida que procesaba mi dolor y asimilaba las circunstancias, encontré una fuerza en la determinación de seguir adelante. La determinación y la valentía se fortalecieron con mis aliados más fuertes. Pese a las dificultades físicas y emocionales, me aferré a la convicción de que luché por una buena causa.

Mi recuperación fue un camino arduo y desafiante, pero sabía que contaba con el apoyo de mis camaradas y el amor de mi familia. Con el tiempo, aprendí a aceptar mi nueva realidad y a adaptarme a mi situación, pues a veces la vida solo te da golpes para que puedas levantarte y volverte cada vez más fuerte. Así que acepté que la vida no sería la misma, aunque eso no significaba que yo fuera menos valioso o significativo. Comencé a descubrir nuevas formas de experimentar el mundo y encontrar alegría en las cosas que aún podía hacer.

Mi experiencia me enseñó a valorar cada momento de vida y a no dar por sentados los dones que aún tenía. Aprendí que la verdadera fortaleza no se encuentra en la ausencia de debilidad, sino en la capacidad de enfrentarla y seguir adelante. Hoy, miro atrás con orgullo, reconociendo el sacrificio y el valor de todos los hombres y mujeres que luchan en las líneas del frente. Aunque mi pérdida sigue siendo una parte de mí, no me define por completo. Soy más que mis heridas, soy más que mis limitaciones. Me he convertido en un testimonio viviente de la resiliencia y la capacidad humana de encontrar esperanza incluso en las circunstancias más difíciles. A través de mi experiencia, espero inspirar a otros que puedan estar pasando por situaciones similares.

La vida puede presentarnos desafíos inimaginables, pero siempre hay luz al final del túnel. No importa cuán oscuro sea el camino, siempre hay una razón para seguir adelante y encontrar un nuevo propósito en la vida.



## Invitación pedagógica de cierre

Escribir sobre la paz es un desafío, especialmente, cuando se relatan historias basadas en hechos reales. En esta antología literaria se contó sobre la vida de distintos actores del conflicto, cada relato fue escrito por sus autores contemplando cinco factores claves: *prudencia*, para revelar con cautela la información permitida; *certeza*, para narrar respetando la verdad; *comprensión*, para transmitir la historia con la mayor sensibilidad y respeto; *sentido crítico*, para poder seleccionar un contenido que tenga propósito; y *capacidad propositiva*, para generar reflexiones que logren trascender del texto.

Estas historias han sido narradas con profesionalismo y dedicación, porque esta obra busca contribuir a un país que transita hacia la paz, permitiendo, desde la perspectiva de los distintos actores del conflicto (víctimas, excombatientes y líderes), generar reflexiones que posibiliten encontrar caminos asertivos para la reconciliación y la generación de una nueva cultura de paz en Colombia.

Por ello, esta publicación se pone a disposición del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz, del Centro de Memoria Histórica, de la Comisión de la Verdad y, especialmente, para maestras y maestros, padres y madres de familia, cuidadores y autoridades educativas, para que se convierta en un destacado recurso educativo que contribuya en la implementación de la Cátedra de la Paz.

Consideramos que desde esta antología literaria es posible plantear desafíos pedagógicos en el aula que posibiliten la reflexión de los estudiantes. Para ello, se proponen las siguientes estrategias que pueden ser adaptadas según la realidad de cada contexto educativo:

- *Reflexión crítica*: hacer ejercicios de lectura analítica de cada una de las historias, que permitan, a través de la reflexión crítica, identificar causas y consecuencias del conflicto en función de las perspectivas y vivencias de los personajes.
- *Círculos de debate*: fomentar el debate entre los estudiantes, para que, mediante preguntas orientadoras, puedan compartir sus posturas sobre las vivencias del conflicto en cada historia.
- *Juegos de rol*: distribuir entre los estudiantes las historias, con el fin de desarrollar dramatizaciones que ayuden a comprender el impacto emocional del conflicto y generar conciencia y empatía sobre las secuelas de la guerra.
- *Análisis de contexto*: analizar con los estudiantes cada historia con otros acontecimientos que se han vivido en el país, de manera que se fortalezca la importancia de la memoria histórica.
- *Narraciones por la paz*: invitar a los estudiantes a escribir textos (cuentos, poemas, canciones) desde el punto de vista de los personajes de las historias, para imaginar acciones que pueden realizarse para fomentar la paz.
- *Gestión de conflictos*: emplear las historias como base para desarrollar actividades que puedan ayudar en

la mediación de conflictos escolares, promoviendo el diálogo y la construcción de acuerdos, así como el respeto ante opiniones divergentes.

Este trabajo tendrá un impacto significativo si logramos que estas historias transmitan empatía, compasión y reflexión, de manera que los lectores aprendan lecciones para su propia vida y entiendan que todos somos responsables en la construcción de paz.

**María Alejandra Rojas Aguilar**

Coordinadora de Parlamentos Andinos Juveniles y  
Universitarios del Parlamento Andino, expresidenta y  
exparlamentaria andina de la Universidad del Magdalena  
(2014-2016).

Los relatos anteriores se basan en entrevistas, documentos e informes que recogen testimonios de víctimas del conflicto armado en Colombia. Entre ellos, se encuentran los testimonios recopilados en *Testimonios de la Rosa Blanca: historias de mujeres víctimas de reclutamiento forzado, violencia sexual y basada en género por parte de las FARC-EP*, publicado por la Corporación Rosa Blanca Colombia y el Centro Nacional de Memoria Histórica. Asimismo, se han considerado informes de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (2023) y el Centro Nacional de Memoria Histórica, los cuales aportan un marco de comprensión sobre la búsqueda de paz y reconciliación de las víctimas.

Los autores también se inspiraron en estas fuentes bibliográficas para escribir las historias presentadas en el libro:

Castiblanco Herrera, C. (2019, 19 de septiembre). «Llegué a Bogotá solo con mi ropa y sueños»: víctima del conflicto armado. *Alcaldía Mayor de Bogotá*. <https://bogota.gov.co/mi-ciudad/gestion-publica/historia-de-david-cortes-victima-del-conflicto-armado-en-bogota>

Centro Nacional de Memoria Histórica (s. f.). *Un Nobel de Paz por la memoria*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Durango, B. (2020, 30 de septiembre). Leyner Palacios, el sobreviviente de Bojayá que llegó a la Comisión de la Verdad. *Semana*. <https://www.semana.com/web/articulo/leyner-palacios-el-sobreviviente-de-bojaya-que-llego-a-la-comision-de-la-verdad/1610/>

Mata, D. (2015, 17 de febrero). Montilva, el soldado que pasó del secuestro a quedar mutilado en un campo minado. *Crónicas de un Soldado*. <https://cronicasdeunsoldado.wordpress.com/2015/02/17/montilva-el-soldado-que-paso-del-secuestro-a-quedar-mutilado-en-un-campo-minado/>

Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (2023, julio). *Víctimas de la guerra en Colombia buscan paz y reconciliación*. <https://www.ohchr.org/es/stories/2023/07/war-victims-search-peace-reconciliation-colombia>

Oquendo, C. (2023, 20 de febrero). Leyner Palacios: «Me voy a esconder para que no me maten». *El País*. <https://elpais.com/america-colombia/2023-02-20/leyner-palacios-me-voy-a-esconder-para-que-no-me-maten.html>

Palacios, L. (2023, 12 de febrero). *Leyner Palacios cuenta su vida como sobreviviente de Bojayá*. El Tiempo.  
Unidad para las Víctimas (s. f.). *Leyner Palacios: sobreviviente de la masacre de Bojayá*. Unidad para las Víctimas.

## **Sobre los autores y colaboradores**

**Leydis Carolina de Armas Martínez** (Santa Marta, Magdalena). Bachiller de la Institución Educativa Distrital Rodrigo de Bastidas y estudiante de grado del programa de Contaduría Pública de la Universidad del Magdalena. Fue directora del área de Extensión y Proyección Social de la asociación estudiantil del programa de Contaduría, Soy-Conta; miembro del Voluntariado Unimagdalena, y líder juvenil de su comunidad parroquial. Hace parte de la Comisión Primera del Parlamento Andino Universitario.

**Deiber Alexander Romo Sánchez** (Santa Marta, Magdalena). Estudiante de Derecho y Contaduría Pública en la Universidad del Magdalena. Actualmente, es presidente del Parlamento Andino Universitario y representante estudiantil ante el Consejo Superior, desde donde trabaja junto a otros estudiantes para construir una universidad más inclusiva. Ha sido parte de iniciativas como el movimiento Unimagdalena Intercultural y la creación de la Ruta U Gaira.

**Dayana Beatriz Ahumada Payares** (Barranquilla, Atlántico). Estudiante del programa de Negocios Internacionales de la Universidad del Magdalena. Desde sus años escolares, ha participado en voluntariados sociales. En 2023, se desempeñó en la Comisión Primera del Parlamento Andino, contribuyendo a iniciativas clave en la región.

**Luis Miguel Toscano Sánchez** (Santa Marta, Magdalena). Estudiante de Ingeniería de Sistemas y Derecho en la Universidad del Magdalena. Se desempeña como representante estudiantil de Ingeniería de Sistemas y fundador de *syste+*, la asociación de estudiantes de este programa. Preside la Comisión Primera del Parlamento Andino Universitario. Es miembro del movimiento Unimagdalena Intercultural.

**Adriana Milena Campo Fernández** (Santa Marta, Magdalena). Estudiante del programa de Derecho de la Universidad del Magdalena y miembro del semillero de investigación de Derecho de Seguros y Daño. Forma parte del Parlamento Andino Universitario de su universidad, donde ocupa el cargo de vicepresidenta de la Comisión Primera.

**Matiel Lucía Gutiérrez Arévalo** (Pivijay, Magdalena). Bachiller técnico en Manejo Ambiental, Sistemas Ecológicos y Agropecuarios de la institución educativa INEDERME, en el corregimiento de Medialuna, Magdalena. Estudiante de grado del programa de Contaduría de la Universidad del Magdalena. Fue miembro de programas de mejoramiento ambiental como Huellas Verdes. Hace parte del Parlamento Andino Universitario y del área de Extensión y Proyección Social de la asociación estudiantil SoyConta.

**Roberth Estiven James Barrera** (Duitama, Boyacá). Estudiante del Programa de Historia y Patrimonio de la Universidad del Magdalena. Ha participado en actividades académicas y extracurriculares, enfocadas en la investigación sobre la historia nacional y regional. Actualmente, se desempeña como Parlamentario Andino Universitario

y representante estudiantil, donde trabaja en diversas iniciativas que fomentan el valor y la importancia de la historia y el patrimonio en la sociedad.

**Jaklin Durán Rodríguez** (Barranquilla, Atlántico). Administradora de empresas, especialista en Pedagogía y Docencia. Docente. Durante su formación universitaria, participó activamente en el voluntariado Unimag, en proyectos de alfabetización tecnológica y +H2O, liderando brigadas de limpieza en playas y jornadas de reforestación. Ha diseñado metodologías innovadoras para el aprendizaje, fomentando la educación ambiental y el desarrollo social.

**Augusto Manuel Pérez Hernández** (Fundación, Magdalena). Estudiante del programa de Derecho de la Universidad del Magdalena. Cuenta con una beca como víctima del conflicto armado. Es miembro del Parlamento Andino Universitario; de la asociación de estudiantes de derecho de la Universidad del Magdalena, ASOCEDUN; y del programa de ayuda y acompañamiento jurídico a las personas víctimas del conflicto de la Corporación Opción Legal y ACNUR.

**Daniela Karina Ponzón Urieles** (Santa Marta, Magdalena). Bachiller académico con énfasis en Ciencias Naturales de la Institución Educativa Distrital Liceo Samario, y estudiante de grado del Programa de Contaduría Pública de la Universidad del Magdalena. Es miembro de la Asociación Estudiantil SoyConta, donde promueve la contaduría de manera accesible y comprensible para todos. Desde 2023, se desempeña como Parlamentaria Andina Universitaria, participando en espacios de debate y representación estudiantil para impulsar el desarrollo académico y social.

**Luisa Cadena Fonnegra** (Santa Marta, Magdalena). Graduada del Instituto Laura Vicuña como bachiller técnico en Contabilización de Operaciones Comerciales y Financieras. Estudiante de Ingeniería Ambiental y Sanitaria en la Universidad del Magdalena. Se ha enfocado en sostenibilidad y análisis ambiental. Hace parte de la Comisión Tercera del Parlamento Andino.

**Angela María Paez Osorio** (Santa Marta, Magdalena). Bachiller académica con profundización en Tecnología e Informática, normalista superior, estudiante de Derecho de la Universidad del Magdalena y docente de primaria en la Institución Educativa Distrital Madre Laura. Miembro de la Comisión Tercera del Parlamento Andino Universitario.

**Zharic Hernández Montaña** (Santa Marta, Magdalena). Estudiante de Antropología y parlamentaria andina universitaria de la Universidad del Magdalena, siendo la presidenta de la Comisión Tercera. Investigadora social en género y conflicto territorial, es semillerista del grupo ORALOTECA y activista en el sector cultural popular. Ha publicado artículos como «Desde el principio es una madre» (*Revista Margens*, 2024) y obras literarias como «El rostro de nuestro dolor» (*Antología poética*, ITA Editoriales, 2023). Participa de manera permanente en la sección Miradas del repositorio digital y la revista del grupo ORALOTECA. Su labor combina el estudio académico con el compromiso social, enfocándose en la memoria, la identidad y la defensa territorial desde una perspectiva de género.

**Faiber Julián Jiménez** (Bogotá, Cundinamarca) Estudiante de Ingeniería Ambiental y Sanitaria en la Universidad del Magdalena. Diplomado en Liderazgo Transformacional. Ambientalista, líder juvenil, activista y defensor del bienestar animal en el distrito. Actualmente vicepresidente de la Tercera Comisión del Parlamento Andino Universitario y participó en el II Encuentro de Juventudes en Lima, Perú, organizado por CAF y el Parlamento Andino.

**Nellys Viviana Racines Hincapié** (Santa Marta, Magdalena). Licenciada en Preescolar de la Universidad del Magdalena y estudiante de Derecho en esta misma institución. Su trayectoria refleja perseverancia y un profundo interés por contribuir al desarrollo integral de las personas a través de la educación y el conocimiento.

**Fabiana Vanessa Wedefor Lacera** (Santa Marta, Magdalena). Profesional en Negocios Internacionales. Durante su paso por la Universidad del Magdalena, se desempeñó como secretaria general del Parlamento Andino Universitario y presidenta de la Comisión Cuarta, impulsando iniciativas en beneficio de la comunidad estudiantil.

**Daniel Alexander Piña Zambrano** (Santa Marta, Magdalena). Estudiante de Derecho en la Universidad del Magdalena, miembro del Parlamento Andino Universitario y la Clínica Jurídica de su universidad. Integrante de la Corporación Opción Legal. Está inscrito como mediador penal y forma parte de los semilleros de investigación en Derecho de Seguros y Daños, Derecho Disciplinario y Derecho Procesal y Probatorio.

**Sharoll Johanna Sánchez Ardila** (Valledupar, Cesar). Estudiante de Negocios Internacionales de la Universidad del Magdalena. Es vicepresidente de la Quinta Comisión en el Parlamento Andino Universitario y miembro de la Asociación de Estudiantes de Negocios Internacionales (IBSA, por sus siglas en inglés). Ha participado en eventos como el Congreso de Investigación en Negocios Internacionales y el Encuentro de Jóvenes Líderes en Perú, demostrando su compromiso con la innovación y el liderazgo.

**Sergio Andrés Moreno Santiago** (Pueblo Viejo, Magdalena). Es estudiante de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad del Magdalena. Ha sido ganador del Premio Departamental de Cuento La Voz Propia del Magdalena y del concurso Unimagdalena en 100 Palabras. Ha publicado en las antologías literarias del grupo Talium y en la revista *Heterotopías* de la Universidad del Magdalena. Estudiante de la Escuela Nacional de Edición, se desempeña como parlamentario andino universitario, representante estudiantil y tesorero de la fundación Bohemia Itinerante, promoviendo la literatura y la cultura en su región.

**Luis Miguel Hernández Tapia** (Santa Marta, Magdalena). Líder juvenil y activista social, cofundador de la Fundación Agenda Joven Magdalena y miembro de la Plataforma Distrital de Juventudes de Santa Marta y el PAU Unimagdalena. Es administrador de empresas de la Universidad del Magdalena y técnico en sistemas del SENA. Ha participado en diversos eventos de juventudes. Ha desarrollado proyectos a favor de la juventud en temas relacionados con

la dignificación de derechos humanos y construcción de paz con apoyo de entidades como UNFPA, PNUD, ICBF, Peace Direct y The Carter Center. Animismo, ha sido voluntario de ONG con objetivos de migración y acogida como Blumont y Venezolanos en Barranquilla.

**Juana Cristina Martínez Roldan** (El Banco, Magdalena). Bachiller académico técnico-agropecuario de la Institución Etnoeducativa Departamental Mitsilou Campbell. Es estudiante de Derecho en la Universidad del Magdalena, integrante del Programa Opción Legal, mediadora penal, miembro del semillero Derecho Disciplinario, integrante de Educatium y miembro del Parlamento Andino Universitario.

**Nohelia Urueta Consuegra** (Santa Marta, Magdalena). Bachiller académico con énfasis en humanidades del Colegio de La Presentación y estudiante de Derecho de la Universidad del Magdalena. Durante el Proceso de Paz de 2016, cursó la Cátedra de la Paz, motivándola a elegir estudiar su pregrado. Fue elegida parlamentaria andina universitaria en 2022. Es coordinadora académica de ASOCEDUM. Semillerista de DDHH, DIH y DPI. Monitora académica universitaria. Mediadora penal, miembro de Opción Legal y Clínica Jurídica Unimagdalena. Voluntaria en AIESEC Colombia. Militante del Movimiento SOMOS.

**Rosibel González Jiménez** (San Juan del Cesar, La Guajira). Estudiante de Derecho en la Universidad del Magdalena, lideresa en ASOCEDUM, presidenta de la Comisión Quinta del Parlamento Andino Universitario y miembro

del Semillero de Investigación en Derecho del Trabajo y la Seguridad Social de la Universidad del Magdalena. Ha publicado en la revista institucional del Departamento Administrativo de la Función Pública, *Bio Administración Pública*. Fue periodista local en Consonante (FLIP) y líder del colectivo juvenil Por una Sonrisa. Miembro de la Plataforma Municipal de Juventudes en su municipio.